

El rey David: una biografía no autorizada

Samuel Pagán

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>



© 2013 Samuel Pagán

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

© 2013 Editorial CLIE, para esta versión en español

EL REY DAVID: una biografía no autorizada

D.L.: B. 17683-2013
ISBN: 978-84-8267-813-9
Estudio Bíblico
Historia y Cultura
Referencia: 224829

Impreso en USA Printed in USA

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
PRESENTACIÓN	11
PREFACIO	15
El rey David: un personaje extraordinario	17
Una biografía no autorizada	20
Agradecimientos	22
INTRODUCCIÓN. Úngelo, porque este es	23
El joven David	25
La familia de David.....	26
<i>Esposas e hijos de David</i>	28
<i>Listas de hijos de David</i>	29
David, según la Biblia.....	30
<i>Era músico</i>	31
<i>Su posición económica y social</i>	33
<i>Hombre de guerra</i>	33
<i>Era prudente en sus palabras</i>	35
<i>Era hermoso</i>	36
<i>El Señor estaba con él</i>	38
El David histórico	39
CAPÍTULO UNO. Fue ungido en medio de sus hermanos	41
Fuentes literarias en torno a David: 1 y 2 Samuel	43
<i>Samuel (1 Sam 1-12)</i>	45
<i>El rey Saúl (1 Sam 13-2 Sam 1)</i>	47
<i>El rey David (2 Sam 2-24)</i>	49
El primer libro de las Crónicas	52
El libro de los Salmos	54
David en los libros proféticos: el mesianismo	56

Referencias implícitas a David en el libro de Génesis	57
David en el islam	58
El rey David y Jesús de Nazaret	60
CAPÍTULO DOS. Del rebaño al reino	61
Samuel unge a David	63
David llega al palacio real	66
¿Quién mató a Goliat?	68
El amor entre David y Jonatán	71
Los celos de Saúl	73
Saúl intenta matar a David	76
David y Jonatán se despiden	78
CAPÍTULO TRES. David, el fugitivo y mercenario	81
David huye de Saúl	83
El asesinato de los sacerdotes de Nob	87
David huye al desierto	88
David perdona la vida a Saúl	91
David, Nabal y Abigail	94
David entre los filisteos	97
Saúl y la adivina de Endor	98
Los filisteos desconfían de David	100
La guerra contra los amalecitas	102
La muerte de Saúl y sus hijos	103
Saúl y David	106
CAPÍTULO CUATRO. Y ungieron a David como rey	109
Lamento de David por Saúl y Jonatán	111
David es coronado en Hebrón	112
La guerra civil	113
Pacto de Abner con David en Hebrón	115
Muertes de Abner e Is-boset	117
David es proclamado rey de Israel	120
La unificación y el reconocimiento del reino	121
El Arca del Pacto llega a Jerusalén	125
El pacto de Dios con David	128
Del David bíblico al histórico	131

CAPÍTULO CINCO. Y el Señor le dio la victoria	135
David extiende su poder y sus dominios	137
David y la descendencia de Saúl	143
La guerra contra los amonitas	145
CAPÍTULO SEIS. Hizo lo malo ante los ojos del Señor	149
David y Betsabé	151
Natán amonesta a David	156
Violación de Tamar	158
Venganza de Absalón	163
Absalón regresa a Jerusalén	164
Absalón se subleva contra David	167
Absalón llega a Jerusalén	171
Muerte de Absalón	174
CAPÍTULO SIETE. El Señor es mi roca, mi fortaleza y mi libertador	177
David vuelve a Jerusalén	179
Sublevación de Seba	183
Venganza de los gabaonitas	186
David y los gigantes filisteos	189
Cántico de liberación de David	191
Últimas palabras de David	194
Los valientes de David	196
El censo de David	197
CAPÍTULO OCHO. Durmió con sus padres y fue sepultado en su ciudad	201
Adonías intenta usurpar el trono de David	203
David proclama rey a Salomón	207
Instrucciones finales de David a Salomón	209
La muerte de David	211
CAPÍTULO NUEVE. Somos tuyos y estamos contigo	213
David en los libros de Esdras-Nehemías	215
David en las Crónicas	218
Paralelos temáticos	220
El traslado del Arca a Jerusalén	227
Gratitud de David	229

El pacto de Dios con David	231
Primera orientación de David a Salomón	233
Preparativos para la edificación del Templo	235
Salomón sucede a David	237
CAPÍTULO DIEZ. Lávame más y más de mi maldad	241
Los Salmos	243
David en el título de algunos de los Salmos	245
<i>Salmo 51</i>	247
David en el texto de varios Salmos	250
<i>Salmo 89</i>	251
<i>Salmo 132</i>	256
David en el salterio	261
<i>Salmo 1</i>	263
<i>Salmo 2</i>	270
<i>Salmo 23</i>	279
David como modelo	284
CAPÍTULO ONCE. Se sentará en el trono de David	285
Un nuevo David	287
David en la literatura profética	288
<i>Isaías</i>	288
<i>Jeremías</i>	289
<i>Ezequiel</i>	290
<i>Zacarías</i>	292
Jesús de Nazaret, el Hijo de David	294
Un hombre de acuerdo al corazón de Dios	300
BIBLIOGRAFÍA	303
Libros	303
Artículos	304

Prólogo

Escribir el prólogo del libro de un colega nunca es tarea fácil, pero cuando se trata de un erudito en el tema expuesto, se magnifica la responsabilidad adquirida por el prologuista. Esto es lo que me ocurre al presentar esta obra.

El doctor Samuel Pagán escogió hace mucho tiempo el tema del Antiguo Testamento como objeto de sus estudios, investigaciones y publicaciones. Por lo tanto, realiza una intensa labor de recopilación de datos sobre la historia y cultura del pueblo hebreo, cuyo comienzo y desarrollo lo observamos al obtener un grado de Doctor en Literatura Hebrea en el famoso Seminario Teológico Judío de Nueva York y Jerusalén.

En gran parte, ese singular interés académico se relacionaba con los contactos obtenidos en sus diálogos y estudios en la comunidad del Seminario Evangélico de Puerto Rico. Ese singular entorno educativo le facilitó adentrarse en una temática que algunos han considerado fascinante e interesante, y que ha podido en algún momento levantar debates, interrogantes y controversias.

Curiosamente, el tema del rey David es uno de esos asuntos que contribuye a las más interesantes interpretaciones dentro del mundo histórico, teológico y religioso. De esto puede dar fe el autor de este libro, que ciertamente se convertirá en una pieza clave para el estudio futuro de tan cimera figura dentro de la tradición judeocristiana.

Después de un largo período de trabajo en la investigación y redacción de esta obra, nuestro autor ha demostrado una vez más un muy alto grado de conocimiento en el área que compete a la vida y obra del famoso monarca bíblico. Es claramente visible el hecho de su familiarización y dominio del tema expuesto, pues se manifiesta con claridad en los recursos bibliográficos que analiza, pondera y evalúa. Al leer esta obra, es evidente que el haber contado con la vasta biblioteca que le pertenece, al igual que el análisis de otras importantes fuentes literarias, han contribuido de forma significativa al desarrollo de las ideas que se manifiestan en este importante libro.

El autor, al menos, ha superado tres posibles problemas metodológicos, si nos acercamos cautelosamente a los temas expuestos en el libro. Uno de estos sería la abundancia del material disponible relacionado con el período de este estudio; otra dificultad estaría representada por el análisis cuidadoso de las fuentes literarias y arqueológicas en torno al asunto expuesto; y, por supuesto, se impone siempre atender con rigor y creatividad las conclusiones de la obra. El Dr. Pagán en este libro ha superado esos desafíos.

Veamos: al perseverar en la ardua tarea de enfocar los temas en torno al rey David, el autor ha tenido entre sí algunas realidades que pasarían inadvertidas en otros estudios. Lo específico del tema justifica, en nuestra opinión, la atención especial que el Dr. Pagán ha dedicado a la historia y vida del personaje en plena época antigua. El análisis de las narraciones bíblicas, unido a las evaluaciones críticas de la información proveniente de la arqueología, por ejemplo, pone de manifiesto claramente las destrezas académicas e investigativas del autor.

En nuestra opinión sería casi imposible imaginar un esfuerzo superior al realizado por el Dr. Pagán, si tomamos en consideración que en muchos casos es imposible el acceso a documentación ya desaparecida o que nos llega en idiomas ajenos a las letras castellanas. Sin embargo, y superados todos esos desafíos, en nuestra opinión, nuestro autor ha realizado una exitosa y amplísima investigación sobre este tan singular y emblemático personaje bíblico.

No hemos tenido acceso, por el momento, a muchos textos que ofrezcan mayor cantidad de datos o hayan trabajado con mayor rigor el número de fuentes en torno a David que esta obra del Dr. Pagán. En verdad este pudiera ser uno de los primeros estudios académicos en Puerto Rico, con un tema histórico, cultural y religioso, y sin propósitos propagandísticos, presentado a una comunidad intelectual y de fe. Considero que sería muy difícil, incluso para un equipo de trabajo compuesto de especialistas en el área y financiado por alguna institución de educación superior, ir más allá de lo que aquí se nos presenta.

Este prólogo se escribe días después de la Cuaresma del 2011, año de grandes cambios en el planeta que ejemplifican el seguimiento de lo que debe ser el llamado a la unidad, no tan solo de los cristianos, sino de todas las comunidades de fe monoteístas. Mucho de lo que puede describirse sobre el período que cubre el relato de la vida del rey David es similar a nuestros días. Los cambios siempre traerán nuevos protagonistas; sin embargo, las figuras como nuestro personaje han de quedar en la memoria colectiva de los creyentes.

La riqueza de datos que pueden extraerse de esas experiencias, además de motivar al Dr. Samuel Pagán desde la perspectiva menos apasionada o sectaria de otras geografías, como la de Israel y Palestina, que le permite reflexionar con mayor sobriedad y calma, es una verdadera contribución al estudio de lo que tan correctamente se ha descrito en el título de esta obra: *El rey David: una biografía no autorizada*.

Dr. Ángel Vélez Oyola
Director de la Escuela de Teología
de la Universidad Interamericana de Puerto Rico

Presentación

Cuando se pasa revista a la historia de la educación teológica en América Latina puede observarse un proceso a veces lento y gradual, pero irreversible, de criollización de las distintas cátedras. Sin duda alguna, la cátedra teológica que más tiempo perduró en manos extranjeras, europeas y norteamericanas, ha sido la relativa al Antiguo Testamento.

El estudio del Antiguo Testamento presenta unos desafíos académicos y lingüísticos que las Iglesias latinoamericanas a duras penas estaban capacitadas para enfrentar, mucho menos resolver. Exige el dominio cabal del hebreo clásico y la capacidad de distinguir entre sus distintas variantes, un conocimiento al menos funcional de los idiomas vecinos y emparentados, la facultad para leer el griego, por la importancia de la Septuaginta (la traducción helenística del Antiguo Testamento), además del estudio erudito —histórico, social y cultural— de épocas extensas y complejas, al margen en ocasiones de la historiografía grecolatina clásica.

Para jóvenes con intereses teológicos, la ausencia de una sofisticada tradición intelectual familiar y eclesial y la relativa escasez de bibliotecas, casi excluía de inicio el considerar hacer estudios graduados en Antiguo Testamento. El problema ha sido común en toda América Latina, y solo recientemente comienza a solucionarse. Es ciertamente un reflejo de madurez en la educación teológica protestante en un país latinoamericano cuando uno de sus hijos o hijas asume la cátedra de exégesis y teología veterotestamentaria.

He esbozado brevemente esta característica de la educación teológica latinoamericana como trasfondo para resaltar la importancia que tiene el libro que presentamos: *El rey David: una biografía no autorizada*. Su autor, Samuel Pagán, es el erudito puertorriqueño en el estudio académico del Antiguo Testamento de mayor prestigio internacional. Su disertación doctoral *From Crisis to Hope: Study of the Origin of Apocalyptic Literature*, aceptada por el prestigioso Jewish Theological Seminary de Nueva York, en 1988, abrió un sendero inédito en nuestras letras teológicas especializadas. Ha sido profesor en varias instituciones teológicas de América

Latina y en las comunidades hispanas estadounidenses, ha dirigido las traducciones de la Biblia para los idiomas que se hablan y leen en este vasto hemisferio. Ha escrito y publicado una impresionante cantidad de ensayos, artículos y libros, en español e inglés, además de coordinar la edición de revistas y antologías. Desde hace varios años habita y labora en Tierra Santa, justo en la frontera entre Israel y Palestina, en uno de los lugares más sagrados y sanguinarios de toda la historia humana.

Pagán es teólogo y admirador de las letras hispanas, sobre todo de su pináculo literario, *Don Quijote de La Mancha*, sobre el que ha escrito hermosas reflexiones. Ha sido uno de nuestros intelectuales evangélicos más activos, con un estilo que aspira a combinar la erudición académica, típica de los biblistas profesionales, con la facilidad de lectura y entendimiento. Escritor incansable, algunos de sus libros son los siguientes: *La resurrección de la esperanza* (1983), *Púlpito, teología y esperanza* (1988), *Esdras, Nehemías y Ester. Comentario bíblico hispanoamericano* (1991), *Visión y misión* (1993), *Su presencia en la ausencia* (1993), *Palabra viva: entorno histórico, literario y teológico del Antiguo Testamento* (1995), *La visión de Isaías* (1997), *El tiempo está cerca: una lectura pastoral del Apocalipsis* (1997), *El misterio revelado: la comunidad de Qumrán y los manuscritos del Mar Muerto* (2002), *De lo profundo, señor a ti clamo* (2007), *Yo sé quién soy: don Quijote para el siglo XXI* (2008) y *Jesús de Nazaret* (2010).

En sus obras teológicas, ha logrado conjugar el rigor académico y la labor pastoral, el estudio científico y crítico de los textos bíblicos y el estudio comunitario devoto de esos mismos textos considerados escrituras sagradas. No es tarea sencilla. Con facilidad se crea un abismo entre ambas miradas exegéticas, la académica y la eclesial. En ocasiones ese dualismo cruza por la mente y el alma de una misma persona. Harto conocidas son las angustias de los estudiantes que inician simultáneamente sus estudios teológicos y su trabajo pastoral al tener que analizar críticamente, en el salón de clase, un texto bíblico sobre el cual luego predicán en sus congregaciones. Superar ese dualismo ha sido norte de Samuel Pagán en sus escritos.

Su presencia en la ausencia (1993), por referirme a una de sus obras que más he disfrutado, estudia la literatura hebrea producida entre la destrucción de Jerusalén por el ejército babilónico de Nabucodonosor (c. 586 a. C.) y el decreto de Ciro de Persia que autorizó el retorno a la ciudad santa (538 a. C.). Es un escrito de manifiesta solidez académica. Sin embargo, su horizonte hermenéutico principal es el entorno de crisis que padece el pueblo de Dios latinoamericano de hoy que desea vivir de acuerdo a las demandas

divinas de justicia y rectitud, y no según los dictados de quienes comandan el poder terrenal. Enlaza un estilo ágil y atractivo, el conocimiento cabal de los problemas históricos y textuales en cuestión, y la reflexión teológica pertinente a los israelitas de entonces y a los creyentes de hoy.

Samuel Pagán es, además, el puertorriqueño de principal protagonismo en la traducción de la Biblia al español y, en general, a todos los lenguajes latinoamericanos. Sobre las dificultades que confrontan los traductores al enfrentarse a las diferencias históricas, culturales y sociales, en ocasiones enormes, entre los tiempos bíblicos y los actuales, es iluminador su ensayo «Poor and Poverty: Social Distance and Bible Translation», *Semeia*, vol. 76, 1996, págs. 69-79. Participó destacadamente en la edición de *La Biblia de estudio* y la revisión de 1995 de la *Biblia Reina Valera*, además de coordinar la traducción de las escrituras sagradas cristianas en diversos lenguajes americanos autóctonos. Sigue así una tradición que se inicia, en nuestras comunidades hispanoparlantes, con Casiodoro de Reina y su *Biblia del Oso* (1569), quien en el prólogo a su famosa edición insiste en la necesidad de traducir la Biblia a las lenguas populares y nacionales.

Igualmente debe destacarse, en todos sus escritos, su notable esfuerzo por explicar las distintas alternativas exegéticas y hermenéuticas que confrontan los estudiosos de los escritos bíblicos, su disposición a optar por algunas de ellas y no otras, y su respeto a quienes defienden lecturas alternas. Ejemplos destacados son sus disquisiciones sobre el posible orden de llegada a Jerusalén de Esdras y Nehemías y sobre el valor de los libros llamados «deuterocanónicos» para el entendimiento cabal del imaginario simbólico del Nuevo Testamento.

Ahora, desde las tierras que siglos atrás gobernase el rey David, nos regala este nuevo libro, *El rey David: una biografía no autorizada*. Es un texto ejemplar en el que se conjugan las exigentes demandas de la erudición académica con un estilo diáfano y transparente, las nuevas investigaciones exegéticas y hermenéuticas con la generosa claridad literaria. Su tema, la monarquía davídica, es central en las escrituras judeocristianas, y nuestro autor analiza magistralmente cómo la figura de este rey israelita, David, se percibe y configura desde diferentes perspectivas en la Biblia. En algunas tradiciones escriturarias es un monarca de carne y hueso, extremadamente complejo y con abismales contradicciones éticas y morales; en otras, se le transfigura en un paradigma de monarca ejemplar; aún otros autores sagrados, en el contexto de la amargura de un pueblo devastado y desterrado, le confieren un toque mesiánico de esperanza apocalíptica, de renovación nacional y religiosa.

Escribo estas notas el Domingo de Ramos de 2011, cuando en toda la cristiandad, se conmemora la entrada de Jesús a Jerusalén con vítores que le proclaman «¡Hosanna al Hijo de David!» (Mt 21:9) y «¡Bendito el reino que viene, de nuestro padre David!» (Mc 11:10).

Samuel Pagán conoce muy bien cómo esas visiones del monarca nacionalista y guerrero interfieren con los anhelos de reconciliación y paz justa entre los pueblos que actualmente habitan la Tierra Santa. Este libro no surge exclusivamente de sus inquietudes académicas. Procede también de sus nobles esfuerzos solidarios con las comunidades judías, islámicas y cristianas, que viven y laboran en las tierras que una vez gobernó el rey David, guiados por la esperanza de labrarse un futuro común.

Luis N. Rivera Pagán

Profesor emérito de ecumenismo
Princeton Theological Seminary

Prefacio

Pero el Señor respondió a Samuel:

*«No mires a su parecer,
ni a lo grande de su estatura,
porque yo lo desecho;
porque el Señor no mira lo que mira el hombre,
pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos,
pero el Señor mira el corazón».*

1 Samuel 16:7

El rey David: un personaje extraordinario

El rey David es un personaje fascinante. Desde las primeras narraciones escriturales, en las cuales se revela que fue subestimado por su padre, hasta los relatos en los cuales vence fulminantemente a Goliat y a los temibles filisteos, sus acciones ponen de manifiesto que era una persona intensa, firme, decidida, arriesgada, visionaria, intrépida, aventurera...

David es, en efecto, un hombre sin igual en los testimonios bíblicos, pues genera pasiones intensas en hombres y mujeres, reyes y siervos, amigos y enemigos, grandes y pequeños, cortesanos y plebeyos...

Esa personalidad tan intensa del famoso rey de Israel ha inspirado la creatividad de diversos tipos de artistas. Poetas, dramaturgos, novelistas, ensayistas y escultores, han visto en la figura de David un personaje ideal para estudiar y explorar, exponer y analizar, actualizar y describir, dibujar y esculpir... Y en esas representaciones, se revelan no solo algunos detalles significativos de la vida del gran personaje bíblico, sino que se manifiestan las propias interpretaciones de los artistas en torno a la vida del rey.

En la literatura, por ejemplo, las obras relacionadas con David no son pocas. Basta solo mencionar algunas: el poema «Absalón y Ahitofel» de Drysen (s. XVII d. C.), que presenta la rebelión de Absalón contra el rey David; la novela de Elmer Davis, *Vencedor de gigantes* (1928), en la que se describe al rey como el poeta que siempre consigue a alguien que le haga el «trabajo sucio» en el reino; Gladys Schmitt escribió una interesante novela, *David el rey* (1946), en la que desarrolla la vida del monarca, y lo presenta en una relación amorosa con Jonatán.

Otras obras en torno a la vida y las acciones legendarias de David, son las siguientes: Thomas Buenett Swann, *Cómo caen los poderosos* (1974); Jill Eileen Smith, *Las esposas del rey David* (2009); y Cliff Graham, *Los valientes de David* (2009). Y en esta lista de obras distinguidas en torno al famoso rey de Israel, no podemos dejar de mencionar la importante contribución de Don Juan Bosch, *David. Biografía de un rey* (1966), en la que el político y expresidente de la República Dominicana hace un análisis de la vida, las acciones y la carrera política de David.

En el cine, David ha sido un personaje popular y exitoso. En primer lugar, Gregory Peck hizo el papel del rey en la película *David y Betsabé* (1951). Y, posteriormente, los siguientes actores han representado al famoso monarca en otras películas de importancia cinematográfica: Finlay Currie, en *Salomón y Seba* (1959); Richard Gere, en *El rey David* (1985); y Nathaniel Parker, en *David* (1997).

La música ha visto al rey David de muchas formas y en diferentes estilos. Josquin des Prés escribió un cántico de lamento del rey David, ante la pérdida de su hijo. El oratorio de Arthur Honegger, *El rey David*, es muy popular entre las piezas musicales que ejecutan regularmente los coros. La canción del grupo Sting, *Loco por ti* (1991), presenta la obsesión del rey por Betsabé. Y en esa misma tradición musical está el oratorio moderno *Rey David*, con la lírica de Tim Rice y la música de Alan Menken.

La televisión también ha cedido ante la fascinación que genera el rey David. La compañía NBC creó la serie *Reyes*, para representar la vida del rey David en términos contemporáneos. En la serie de PBS, *Wishbone*, el programa «El pequeño gran perro» recuenta la historia de David, especialmente su triunfo contra Goliat. Y en *Xena. La princesa guerrera*, se presenta un episodio, «Destrucción de gigantes», en la que se recrea la gran batalla entre David y Goliat.

En el mundo de las esculturas, David no ha quedado sin representación. Las estatuas más famosas del famoso rey han sido talladas por los siguientes artistas: Donatello (c. 1430-1449), Andrea del Verrocchio (1476) y Antonin Mercié (1873).

Sin embargo, es quizá la monumental escultura de Miguel Ángel la que más gente ha visto en torno al distinguido monarca israelita. La ironía de la vida es que ese *David* tiene la estatura de un Goliat (más de 15 pies, como cinco metros de altura), y ,además, ¡no está circuncidado!

Personajes como el David de la Biblia, que en vida llevaron a efecto hazañas singulares y tuvieron victorias ejemplares, al morir incentivan la inspiración e imaginación de quienes intentan relatar sus aventuras y destacar sus logros. Este tipo de personalidad, tan firme, aguerrida e intensa, propicia la creatividad de quienes quieren poner de manifiesto, de alguna

forma ordenada, su desarrollo físico, moral, educativo y espiritual. Es muy difícil escribir un libro de una figura como David, pues su vida genera respuestas firmes y decididas que no siempre están de acuerdo.

Para algunos, David fue un héroe nacional, ejemplo de la antigua sociedad israelita, líder indiscutible que llevó al pueblo de Israel a disfrutar la primera monarquía unificada de las tribus del norte y del sur; además, era un buen poeta, recordado como «el dulce cantor de Israel». Para otros, sin embargo, fue un forajido, maleante, inmisericorde, asesino y mercenario, un personaje sin escrúpulos y de carácter cuestionable, ante la posibilidad de lograr sus aspiraciones personales.

Y quizá entre esos dos polos, diametralmente opuestos, es que debemos ubicar este singular personaje bíblico.

De importancia singular es notar, sin embargo, que aunque David ha generado en la historia mucha creatividad artística, tanto visual como literaria, las biografías científicas, sobrias y analíticas sobre su persona no abundan. Generalmente, el tratamiento que se le brinda a nuestro personaje es más teológico y espiritual, y, además, se exploran solo algunos componentes positivos de su vida, no se analizan sus limitaciones éticas, sus pecados, sus dificultades en la administración de la vida y el hogar ni las relaciones con sus amigos. Inclusive, en torno a David, no faltan estudiosos que dudan de su existencia histórica, y afirman que se trata más bien de un personaje ficticio creado con propósitos propagandistas por los escribanos oficiales del reino.

Sobre el famoso rey David se pueden encontrar algunas obras en castellano que exploran, explican y actualizan algunas facetas gratas de su vida; sin embargo, en referencia al hombre que adultera, y que para encubrir su pecado es capaz de asesinar a un fiel y dedicado aliado y amigo, los estudios no son muchos. En las comunidades religiosas, los estudios en torno David generalmente están orientados a la devoción, son obras de corte homilético y espiritual que no atienden las dificultades históricas, los desafíos éticos ni las complejidades teológicas que se relacionan con nuestro personaje.

Una biografía no autorizada

El propósito de este libro, *El rey David: una biografía no autorizada*, es precisamente ese: explorar las complejidades de su vida, sus aspiraciones, proyectos y triunfos, junto a sus derrotas, ansiedades y pecados. No intentamos en este libro presentar un David piadoso y consagrado: la verdad es que el David cuyas acciones se exponen en la Biblia no solo fue «dulce cantor», sino que fue un hombre lleno de conflictos, contradicciones, incertidumbres y complicaciones.

Quizá esas mismas sean las razones por las cuales este personaje es tan fascinante y atrayente. Es posible que una de las explicaciones por la cual nos sentimos tan atraídos hacia David, es que descubrimos que todos los seres humanos tenemos un lado difícil y que estamos llenos de contradicciones y conflictos. La gente, en efecto, se relaciona con personajes complejos como David.

Esta es una biografía de David no autorizada, pues el objetivo es presentar al personaje bíblico tal y como se presenta en las Escrituras, con sus diferentes matices, facetas y descripciones. No nos interesa solo el poeta y cantor de Israel, sino el monarca que deshonoró a Betsabé. No analizaremos solo al guerrero que triunfó sobre el coloso Goliat y también contra los ejércitos filisteos, sino el traidor que mandó a asesinar a Urías Heteo, su amigo. No queremos explorar solo la vida del experto en guerra de guerrillas, sino el buen analista político, al calculador sobrio, que tomaba sus decisiones bien evaluadas para lograr sus objetivos políticos y militares sin importar el costo ni las implicaciones de sus actos.

Ese David humano, lleno de logros y limitaciones, virtudes y defectos, es el que analizaremos y expondremos en este libro, pues nuestro objetivo es poner de manifiesto cómo una persona de esas cualidades puede llegar a convertirse en una figura ideal, en un personaje emblemático, en un buen modelo para las generaciones subsiguientes, en una figura mesiánica. No queremos presentar un David plástico, distante, artificial y superficial, sino la figura compleja, contradictoria, intensa, humana, fuerte y frágil... Nos interesa el hombre que nació en Belén, y gobernó primeramente en Hebrón, para al final, ser el monarca indiscutible del reino unido desde la ciudad de Jerusalén.

Escribir esta obra es una tarea grata y compleja. En primer lugar, la investigación y redacción del libro se hace mientras vivo en Jerusalén, específicamente en Tantur, una montaña muy cerca de Belén donde, de acuerdo con las Sagradas Escrituras, David nació, vivió, aprendió a ser

pastor, desarrolló su habilidad de manejar la honda, y articuló algunos de sus primeros poemas o salmos. Y también escribo en un momento de gran inestabilidad política y de desafíos enormes en las negociaciones de paz entre Israel y la autoridad palestina.

Con alguna frecuencia, en esos diálogos de paz se alude a David. Los bandos en controversia, con regularidad, tanto israelíes como palestinos, hacen referencia a la llamada Ciudad de David, que es un sector muy importante en Jerusalén, reclamado por los dos grupos en confrontación.

Escribir esta obra, para mí es una necesidad tanto académica como espiritual. En mis cursos sobre el Antiguo Testamento o la Biblia hebrea, la sección en la cual se estudia a David es generalmente corta, y no hay mucho espacio ni tiempo para explorar con alguna intensidad los diversos componentes y particularidades de su personalidad ni las grandes contradicciones y dificultades de su vida.

Por esa razón pedagógica, me es necesario producir un libro en el cual pueda explorar el tema con profundidad y sobriedad, para compartir con mis amigos y amigas, estudiantes y colegas, algunos aspectos importantes y significativos de la vida de David, que el diseño curricular tradicional, en efecto, no me permite explorar adecuadamente en un curso introductorio a la Biblia.

Es muy importante mencionar, además, que David es una figura mesiánica en la Biblia. Que fundamentados en la profecía que Natán le brinda en torno a su descendencia y dinastía (2 Sam 7), los teólogos bíblicos desarrollaron una teología de restauración, futuro y esperanza, de gran significación espiritual para las iglesias y los creyentes en Cristo.

Jesús de Nazaret proviene de esa casa o dinastía de David, y de esa forma se convierte en heredero de las promesas divinas. Jesús es el Cristo, el Ungido, el Mesías, pues es parte de ese gran acervo histórico, teológico y espiritual que nació en el oráculo del antiguo profeta a David. Y en ese contexto teológico y mesiánico, este libro me produce mucha satisfacción.

Agradecimientos

Los agradecimientos referentes a la culminación de esta obra no son pocos. Sin embargo, voy a limitarlos a dos personas o grupos. En primer lugar, mis estudiantes en el Colegio Universitario Dar alKalima (Colegio de la Palabra) tienen una mención especial. Fueron ellos los primeros que me desafiaron a escribir este libro, para poner de manifiesto que David nació en Belén, y que, aunque fue rey de Israel, su origen geográfico se encuentra en los territorios palestinos actuales.

Además, luego de haber escrito un comentario sobre los Salmos, pienso que necesitaba explorar la vida de la persona a quien se le atribuyen tantos poemas del salterio. Fue mi esposa, Nohemí, quien siempre revisa y edita mis escritos, la que me indicó la importancia y necesidad de escribir esta obra complementaria. A ella va mi agradecimiento más profundo.

Y para culminar este prefacio, incluyo una sección breve de una plegaria y salmo que se atribuye a nuestro personaje David. Hago mío este poema, pues deseo que el aceite divino me oriente e inspire; además, le pido a Dios que mis reflexiones y análisis generen el bien y la misericordia en los lectores y las lectoras de esta obra. Esos valores son los que deben acompañarnos el resto de nuestras vidas.

*«... unges mi cabeza con aceite;
mi copa está rebosando.
Ciertamente el bien y la misericordia
me seguirán todos los días de mi vida,
y en la casa del Señor moraré por largos días.»*

Salmo 23:5b-6

Introducción

Úngelo, porque este es

*Y dijo Samuel a Isaí: «Envía por él [David],
porque no nos sentaremos a la mesa
hasta que él venga aquí».
Envió, pues, por él, y lo hizo entrar.
Era rubio, de hermosos ojos y de buen parecer.
Entonces Jehová dijo:
«Levántate y úngelo, porque este es».*

1 Samuel 16:11b-12

El joven David

Las narraciones en torno a David comienzan en el primer libro de Samuel (1 Sam 16:1-13). Se ubican específicamente en el contexto amplio de la transición de la época de los jueces a la instauración de la monarquía en Israel (c. 1050-970 a. C.). Esos relatos relacionan la figura de David con las hazañas de Samuel y Saúl, para posteriormente pasar a la historia de Salomón. Es una época de violencia y crisis internacional, de desorganización y desorientación nacional.

La primera noticia que tenemos de David es muy positiva, y prepara el camino para sus triunfos, logros y popularidad: el joven, aunque de primera instancia fue subestimado por su padre, era «de buen parecer», es decir, elegante, de buena presencia, que es una manera física de indicar que caía bien, que era agradable. Ese elemento descriptivo es de gran importancia teológica en el relato, pues en la Antigüedad esas características físicas eran signos del agrado divino, del favor de Dios.

Ya desde el comienzo mismo de las narraciones bíblicas que exponen los detalles de su vida, los escritores bíblicos indican de forma directa y clara que hasta el físico de David delataba claramente el aprecio que le manifestaba el Señor.

El nombre David aparece en más de mil ocasiones en la Biblia hebrea, y como en sesenta ocasiones adicionales en el Nuevo Testamento. Posiblemente, «David» significa «amado», que pone de relieve claramente, desde el inicio mismo de nuestro estudio, las posibles reacciones de la gente y de Dios en torno a su persona: ¡David era una persona fácil de amar!

Esa es una de las características distintivas de nuestro personaje, a través de las historias y narraciones bíblicas que se presentan en torno al

hijo de Isaí. De singular importancia bíblica e histórica es que ese nombre emblemático, David, lo utiliza solamente el rey de Israel en toda las Sagradas Escrituras...

El nombre, que en hebreo es *dawid*, y *daueid* en griego, aparece en documentos de la antigua Babilonia tan temprano como el segundo milenio a. C. (p. ej., *da-wi-da-un-um*), y también es posible que haya algunas referencias escritas de ese nombre (p. ej., *dwd*) en documentos moabitas que provienen del IX a. C.

Algunos estudiosos, sin embargo, sin mucho éxito, han sugerido que el nombre David no es personal o propio, sino más bien que se trata de una especie de título monárquico, o nombre real para la persona que ocupaba el trono. Fundamentan esta interpretación, entre otras razones, en un pasaje bíblico que indica que quien mató a Goliat fue un tal Elhanán, hijo de Jaare-oregim, que provenía de Belén (2 Sam 21:19). David, de acuerdo con esa singular interpretación, era el nombre oficial o título como monarca, y Elhanán era su nombre propio.

Esas afirmaciones e interpretaciones, sin embargo, no toman en consideración que posteriormente, en los libros de las Crónicas, se indica que realmente a quien Elhanán mató en batalla fue a Lahmi, el hermano de Goliat (1 Cro 20:5). Además, es extraño pensar que Elhanán sea, a la vez, David y uno de los hombres de David, como se pone de manifiesto en otras narraciones escriturales (véase, p. ej., 1 Sam 21:18-22; 1 Cro 20:4-8).

Quienes interpretan el nombre David como título, tienen también cierto apoyo en lecturas y comprensiones de la palabra en textos extra-bíblicos, como los que se encuentran en los archivos de Mari, la antigua ciudad de Ugarit. Basados en esos documentos, algunos eruditos, sin mucho fundamento o éxito, relacionan la palabra *david* con los títulos de «general» o «comandante en jefe». Otros estudiosos del tema indican, además, que inclusive es posible que la raíz semítica del nombre David se pueda asociar con el concepto de «derrota».

La familia de David

De acuerdo con las narraciones bíblicas, David era biznieto de Boaz y Ruth, nieto de Obed (Rt 4:18-22), y el más joven de los hijos de Isaí, que provenía de la comunidad de Belén (1 Sam 17:12-14). Aunque la Biblia no identifica explícitamente a su madre, el Talmud indica que fue

Nitzevet, la hija de Adael. Tenía dos hermanas, o quizá medio hermanas (Sarvia y Abigail, 1 Cro 2:16), además de seis o siete hermanos (véase, p. ej., 2 Sam 16:5-8 y 1 Cro 2:13-15). Y sus antepasados se incluyen en varias listas que se encuentran en la Biblia hebrea (Rt 4:18-22; 1 Cro 2:1-15), y también en el Nuevo Testamento (Mt 1:2-6; Lc 3:31-38).

La lectura inicial de las narraciones que se encuentran en el libro de Samuel (p. ej., 1 Sam 16:1-10; 17:12-15) da la impresión que David era el octavo hijo en la familia de Isaí. En Crónicas, sin embargo, de la evaluación de la lista de hijos, se desprende que David era el séptimo (1 Cro 2:13-15). Es posible que la lista de Samuel, cuando se dice que llegaron los siete hijos de Isaí ante el sacerdote, aluda a todo el grupo familiar, incluyendo a David, como se revela en el libro de las Crónicas.

Tener siete hijos en la Antigüedad era una forma simbólica y literaria de afirmar que se tenía una familia buena, adecuada y completa, y que el séptimo hijo gozaba de una bendición especial. Por otro lado, ser el hijo octavo, no el séptimo, es una manera de poner de manifiesto los orígenes sencillos y humildes de David: ¿no era el séptimo hijo el que recibiría una bendición especial! Sin embargo, según las Escrituras, Dios le llevó de ser un hijo subestimado a ser el rey escogido que unificó las antiguas tribus del pueblo de Israel.

Más que un detalle histórico y familiar, las afirmaciones en torno a que David era el menor de los hijos de Isaí, es una gran declaración teológica: Dios, en el proceso de manifestar su voluntad en medio de la historia humana, está muy interesado en trabajar con personas pequeñas, humildes, desaventajadas, subestimadas, ignoradas, humilladas, rechazadas...

Ese es el mismo mensaje que se desprende del estudio de las narraciones patriarcales, que revelan que Isaac, Jacob y José eran los menores en sus familias, pero recibieron y disfrutaron la gracia, el favor y la misericordia de Dios. El tema bíblico de la bendición divina para las personas subestimadas, no debe ignorarse ni minimizarse.

De gran significación teológica son las genealogías de David, que lo asocian directamente con uno de los patriarcas, Judá, hijo de Jacob o Is-

rael. Esas referencias familiares son formas literarias de asociar a David con las importantes promesas reales hechas en la Antigüedad a Abrahán y sus descendientes (Gn 49:8-12). Además, la lectura cuidadosa de estas genealogías pone en clara evidencia que parte de los ancestros de David, no eran israelitas: ¡Rut era moabita! ¡Tamar, cananea! Esos relatos familiares revelan el interés internacional de los autores sagrados.

Una de las implicaciones de la lectura detallada de esas genealogías, es que la selección de David como rey de Israel, y como singular portaestandarte de la voluntad de Dios en el pueblo, no estaba basada puramente en consideraciones nacionalistas o étnicas. Desde muy temprano, en las narraciones escriturales se manifiesta esta visión universalista de la revelación divina, que incorpora personas de culturas y pueblos que no son descendientes de Abrahán en la historia de la salvación. Ese sentido de universalismo religioso y cultural es un componente principal en el desarrollo posterior de la espiritualidad y teología mesiánica asociada con David.

De acuerdo con el testimonio de las Sagradas Escrituras, David tuvo ocho esposas identificadas, y con siete de ellas procreó hijos. Entre las más prominentes se encuentran Abigail (1 Sam 25) y Betsabé (2 Sam 11-12), además de la hija de Saúl, Mical, con la cual no engendró descendencia (2 Sam 6:23). No debemos ignorar que las narraciones escriturales indican que tuvo muchas más mujeres y concubinas, con las cuales posiblemente tuvo más hijos e hijas (1 Cro 3:9; 14:3).

¡Son 19 los hijos de David, y una hija, identificados en la Biblia! Su descendencia se mantuvo en el poder en el reino de Judá, hasta la época del exilio, cuando los ejércitos babilónicos destruyeron Jerusalén en el 587 a. C. Y entre sus descendientes famosos, según el testimonio bíblico o la tradición, se pueden identificar personas como Salomón (s. X a. C.), su sucesor en el trono; Jesús de Nazaret (s. I d. C.), el fundador del cristianismo; y hasta Maimónides, el famoso rabino español (c. 1135-1204 d. C.), se asocia con el recordado rey de Israel.

Esposas e hijos de David

- Mical (1 Sam 18:27): no tuvo hijos de David
- Abigail (1 Sam 25:42): Daniel (1 Cro 3:1), también conocido como Quileab (2 Sam 3:3)
- Ahinoam (1 Sam 25:43): Amnón (1 Cro 3:1)
- Maaca (1 Cro 3:2): Absalón (1 Cro 3:2) y Tamar (2 Sam 13:1)
- Haguit (1 Cro 3:2): Adonías (1 Cro 3:2)

- Abital (1 Cro 3:3): Sefanías (1 Cro 3:3)
- Eglá (1 Cro 3:3): Itream (1 Cro 3:3)
- Betsabé (1 Cro 3:5): Samúa, Sobab, Natán y Salomón (2 Sam 5:14; 1 Cro 3:5)
- Otros hijos de David: Ibhar, Noga, Nefeg, Jafia, Elisama, Beeliada o Eliada, Elifelet (2 Sam 5:14; 1 Cro 3:6-8; 14:47)

Listas de hijos de David

A continuación, incluimos las listas de hijos de David que nacieron en Hebrón y Jerusalén, de acuerdo con los testimonios de los libros de Samuel y Crónicas. Las diferencias y variantes escriturales se pueden deber a diferencias lingüísticas de los mismos nombres, dificultades en la transmisión del texto bíblico, o sencillamente a tradiciones alternas en torno a la familia de David.

- Nacidos en Hebrón

<i>2 Samuel 3:2-5</i>	<i>1 Crónicas 3:1-4</i>
Amnón	Amnón
Quileab	Daniel
Absalón	Absalón
Adonías	Adonías
Sefanías	Sefanías
Itream	Itream

- Nacidos en Jerusalén

<i>2 Samuel 5:14</i>	<i>1 Crónicas 3:5-9</i>	<i>1 Crónicas 14:4-7</i>
Samúa	Simea	Samúa
Sobab	Sobab	Sobab
Natán	Natán	Natán
Salomón	Salomón	Salomón
Ibhar	Ibhar	Ibhar

Elisúa	Elisama	Elisúa
—	Elifelet	Elpelet
—	Noga	Noga
Nefeg	Nefeg	Nefeg
Jafía	Jafía	Jafía
Elisama	Elisama	Elisama
Eliada	Eliada	Beeliada
Elifelet	Elifelet	Elifelet

Todas estas genealogías y listas de hijos e hijas de David, tienen un singular y claro propósito teológico: afirman la importancia de David como el rey más prominente y destacado de Israel, e intentan subrayar que las promesas divinas, que heredó a través de su ascendencia que lo asocian con Judá y Jacob o Israel, lo relacionan con las promesas proféticas posteriores hechas por Natán. ¡En David se une el pasado y el futuro! ¡Las promesas a los patriarcas y matriarcas de Israel se asocian directamente al oráculo de Natán!

Y esas peculiaridades familiares y teológicas, de acuerdo con la fe cristiana, lo ubican en la línea mesiánica que llega hasta el Nuevo Testamento, en la figura de Jesús de Nazaret, que se convierte en el cumplimiento pleno de esos oráculos antiguos.

David, según la Biblia

Generalmente, la Biblia no describe en sus narraciones las apariencias físicas de sus personajes y protagonistas. Ese es el caso de figuras de gran importancia (p. ej., Abrahán, Sara, Moisés, Miriam, Jesús y María), de las cuales desconocemos sus características fisiológicas. Las Escrituras, sin embargo, ponen de manifiesto sus decisiones y hechos, que nos permiten de alguna manera penetrar en su mundo conceptual, la filosofía de vida que tenían, el fundamento de sus acciones. En muy pocas ocasiones se dan detalles físicos que nos permitan visualizar cómo eran esas personas en la Antigüedad.

Ese no es, sin embargo, el caso de David. De acuerdo con la narración bíblica, en su primera descripción física, el libro de Samuel revela lo siguiente: «Era rubio, de hermosos ojos y de buen parecer» (1 Sam 16:12).

Y a esas palabras iniciales, y en el contexto de la llegada del joven David al palacio de Saúl, se indica que uno de los criados del rey, afirma: «He visto a un hijo de Isaí de Belén, que sabe tocar; es valiente y vigoroso, hombre de guerra, prudente en palabras, hermoso, y el Señor está con él» (1 Sam 16:18).

La afirmación familiar pone de manifiesto su trasfondo íntimo y comunitario: David es hijo de Isaí de Belén. Esa forma de presentación, en la cual no se indican antecedentes ni se explican detalles genealógicos, puede ser un indicador de que Isaí era una figura muy bien conocida en Belén y fuera de su ciudad, en la tribu de Judá. Inclusive, es muy probable que también fuera conocido en la tribu de Benjamín, de donde procedía Saúl. Y, por las indicaciones que Samuel le da a Isaí y a sus hijos, se desprende que el padre de David era uno de los ancianos de la ciudad (1 Sam 16:1, 2-4), una persona distinguida e influyente en su comunidad, y reconocida en otras ciudades.

Era músico

Un detalle en torno a David que tiene significación teológica es que, según las Escrituras, «sabe tocar» (1 Sam 16:1-23), en referencia clara a sus habilidades musicales. Sin embargo, es irónico ver cómo David llega al palacio de Saúl para calmar los tormentos y ansiedades del monarca, cuando era precisamente David la fuente de sus complejos, preocupaciones, angustias, desequilibrios y ansiedades. De acuerdo con las narraciones escriturales, el rey no lo sabía aún, pero quien había llegado al palacio para confortarlo y ayudarlo era quien posteriormente le sustituiría en el trono.

En los relatos de las relaciones entre Saúl y David, el texto bíblico desea contrastar la personalidad de esas dos figuras. Un rey que debería ser poderoso, fuerte y seguro, pero que se mostraba ansioso, inseguro y débil; y un joven sin experiencia militar, que con su música manifestaba seguridad, sobriedad y fortaleza.

El contraste es claro y significativo: se ponen las bases psicológicas y temáticas para el desarrollo de la trama en torno a estos dos líderes del pueblo.

La llegada de David al palacio como músico no tiene una finalidad artística o de entretenimiento. En la Antigüedad, la música estaba al servicio de la religión y la espiritualidad, pues se pensaba que tenía funciones curativas, salutíferas y liberadoras. Además de ser utilizada en ceremonias religiosas y cúllicas, la música servía inclusive para ayudar a los profetas a alcanzar sus trances e inspiraciones (p. ej., Eliseo: 2 R 3:15; y Saúl: 1 Sam 10:1-6, 10). Y en el singular caso de David, la música era parte de la terapia emocional y espiritual que necesitaba Saúl para bajar los niveles de ansiedad, producidos, según las Escrituras, «por un espíritu malo que lo atormentaba y provenía del Señor» (1 Sam 16:14-16). El relato contrapone a los dos protagonistas: David era favorecido, y Saúl, atormentado por el Señor.

En ese sentido, David no solo era músico, sino sanador y taumaturgo. ¡Saúl necesitaba al joven para mantener su compostura emocional y salud espiritual! Estos son los detalles en las narraciones bíblicas que van preparando el camino para describir a Saúl como una persona sin salud mental, y a David como un joven con virtudes musicales. Esas afirmaciones tempranas en torno a David y sus dones musicales son el fundamento para reconocerlo posteriormente como el poeta y salmista por excelencia y como la persona clave en la organización de la adoración y las alabanzas en el posterior Templo de Jerusalén, conocido también como el Primer Templo o el Templo de Salomón.

El arpa o la lira que tocaba David, era un instrumento musical que tenía de tres hasta doce cuerdas. Y aunque no sabemos cómo sonaba, sí sabemos cómo físicamente era, pues se han encontrado varios modelos en algunas ciudades del Oriente Medio. Eran instrumentos caros, usados mayormente por la aristocracia; por esa razón pensamos que el David bíblico provenía de una familia de buenos recursos económicos. En este sentido, debemos corregir la imagen tradicional que puede visualizar a David como un pastor pobre, socialmente desaventajado, proveniente de una familia sin recursos económicos adecuados.

Su posición económica y social

La alusión a que David era «valiente y vigoroso» (1 Sam 16:18) se ha interpretado tradicionalmente desde una perspectiva militar. Sin embargo, una mejor comprensión de la expresión revela que se trata más bien de una afirmación de prestigio social. La misma frase se utiliza en referencia al papá de Saúl, que no era militar sino un hombre de negocios (1 Sam 9:1). Además, las alusiones militares a David vienen en la próxima declaración, que indica que era «hombre de guerra» (1 Sam 16:18).

Esas referencias sociales en torno a David, se confirman al estudiar y comprender las formas de administrar las riquezas en la Antigüedad. En una sociedad sin sistemas bancarios desarrollados, y sin dinámicas monetarias efectivas, las riquezas se medían en términos de tierras y ganados. Una persona poderosa, rica o «valiente y vigorosa», era la que poseía animales, que en el caso específico de Isaí, eran, entre posiblemente otros animales, las ovejas. Desde esta perspectiva, David no era un pastor económicamente pobre y rezagado social, en los confines más remotos y distantes de las tierras de su padre Isaí, sino uno de los herederos de la fortuna familiar que se asociaba con la crianza y el pastoreo de ovejas.

La posición social y económica de David y su familia se pone de manifiesto también en las narraciones que se incluyen en el libro de Rut. De acuerdo con el testimonio escritural, Booz, identificado como bisabuelo de David (Rt 4:18-22), es descrito como una persona prominente y rica (Rt 2:1).

Hombre de guerra

La expresión bíblica «hombre de guerra» (1 Sam 16:18), que el texto bíblico utiliza en referencia a David, describe a una persona con considerable experiencia militar; en efecto, es una manera de poner de relieve las capacidades bélicas y los triunfos de algún combatiente. Sin embargo, esta forma de presentar a nuestro personaje, al comienzo mismo de su carrera, contrasta con la imagen ideal que se tiene del joven pastor, que llegó al campo de batalla, donde los israelitas estaban en guerra contra los filisteos y su combatiente más famoso, el gigante Goliat, sin experiencia bélica previa. Inclusive, entre las referencias que se hacen a esa batalla contra el

coloso filisteo, se indica que David no estaba acostumbrado a la armadura de guerra que pertenecía originalmente al rey Saúl (1 Sam 17:38-39).

El texto bíblico no indica cómo David adquirió esa experiencia militar, que se convirtió en una de las características personales más importantes, en primer lugar, para vivir y sobrevivir en el reino de Saúl, y posteriormente, para llegar al poder y consolidar el reino como monarca de Israel. La finalidad de la narración bíblica es sentar las bases para la posterior carrera militar exitosa del famoso rey de Israel.

Puede arrojar alguna luz sobre este tema un detalle importante que proviene de los descubrimientos arqueológicos en la región y de las interpretaciones de esos hallazgos. Alrededor del año 1000 a. C., hubo un crecimiento poblacional desmedido en las montañas de Judá que trajo inestabilidad social y económica en la región. Esas dinámicas demográficas, que ciertamente afectaron adversamente los recursos naturales locales, generaron una serie de conflictos entre las familias de Judá y en las comunidades aledañas: había más personas en la región, y las tierras cultivables se hacían cada vez más escasas en respuesta a ese singular aumento poblacional.

Esos conflictos hicieron que se generara una nueva clase social de personas que no tenían tierras cultivables para vivir. Algunas de esas personas, para sobrevivir y mantener a sus familias, se unían a instituciones establecidas, por ejemplo, en ciudades y estados, y vendían sus servicios como sacerdotes, ayudantes, y hasta militares o mercenarios de personas acaudaladas. Otros se mantenían al margen de la ley, y vivían de lo que podían obtener en ataques a grupos y pueblos establecidos, y en guerras.

Es posible que David, que vivió en ese preciso momento histórico, haya sido afectado adversamente por esas dinámicas demográficas. Quizá, cuando llegó a la edad adulta, ya las tierras familiares, cultivables y disponibles para pastar los rebaños, no eran suficientes para sostener a toda la familia. Y en ese contexto social de crisis, incertidumbres y transiciones, siendo David el más pequeño de la familia, es posible que se haya descubierto sin tierras ni medios para sobrevivir.

Posiblemente, son esas las dinámicas que llevaron a David al campo, y que le prepararon el camino para adquirir sus primeras experiencias bélicas. Esos problemas sociales fueron los que le movieron a desarrollarse como líder militar de un grupo pequeño de seguidores que, como él, no tenían acceso al poder ni a las tierras. Es quizá por esa misma razón que, aunque provenía de una familia acaudalada, cuando llegó el momento de casarse con la hija del rey Saúl, no tenía los recursos para pagar la dote

matrimonial (1 Sam 18:23). En efecto, sin los recursos familiares ni tierras, David tuvo que aprender a vivir de sus esfuerzos personales, y de las armas.

Esa experiencia básica le permitió distinguirse y triunfar en el ejército de Saúl: en primer lugar, fue exitoso como soldado y, posteriormente, como general. Con el tiempo, sin embargo, y con el desajuste emocional de Saúl, David se alió a un grupo de combatientes que le apoyaron en sus viajes de huida por el desierto, y le ayudaron a ganar una buena reputación como hombre de guerra.

Esa importante etapa en su vida le preparó para sus posteriores triunfos y ejecutorias como monarca de Israel.

Era prudente en sus palabras

La expresión «prudente en sus palabras» es posiblemente una forma de aludir a su elocuencia y capacidad de comunicación. En efecto, David, de acuerdo con las narraciones bíblicas, tenía facilidad de palabras, pues estaba familiarizado con los protocolos pertinentes y los temas requeridos para sobrevivir en medio de la alta sociedad, tanto política como militar, de su época.

Esa buena capacidad para la comunicación, que revela con claridad su inteligencia, se pone en clara evidencia en varios contextos. En primer lugar, el discurso con que enfrentó a Goliat es una pieza literaria de gran virtud teológica. El argumento significativo que se atribuye directamente a David, es que el gigante filisteo había ofendido y provocado al Dios de los ejércitos de Israel (1 Sam 17:45-47). De acuerdo con la narración bíblica, la confianza del joven no estaba en sus habilidades bélicas, sino en la misericordia y el poder de Dios. En efecto, la elocuencia de David es reveladora de las teologías que articula, de acuerdo con los relatos escriturales.

La sabiduría y prudencia en el hablar de David también se manifiestan en sus declaraciones luego de haberle perdonado la vida a Saúl en dos ocasiones (1 Sam 24:6; 26:9-11). En esos contextos de crisis, y luego de enfrentar la posibilidad real de perder su vida, David alude al rey como el «ungido del Señor», y afirma que por esa singular razón teológica había actuado con misericordia y sentido de perdón. Le perdonó la vida al monarca que le perseguía, porque reconocía que Saúl había sido seleccionado por Dios, y consagrado y dedicado al Señor.

Esas tradiciones en torno a su elocuencia, son posiblemente las características personales más importantes en el desarrollo de la fama posterior que adquirió David como el dulce cantor de Israel. Esa gran capacidad de comunicación y sus destrezas musicales, unidas a sus ejecutorias como agente de paz, bienestar y salud para el rey Saúl, hicieron que el pueblo le recordara como el salmista o poeta por excelencia en el pueblo.

Era hermoso

La expresión que en castellano se ha traducido generalmente como «hermoso» o «de buena presencia», literalmente significa «persona de forma», y alude, posiblemente, a la manera correcta de ser ante la comunidad y de verse frente a los grupos. Esa descripción, además, se relaciona directamente con una serie importante de héroes y heroínas en las Sagradas Escrituras. En esa misma tradición, además de David, son «hermosos» José (Gn 39:6), Moisés (Ex 2:2) y Saúl (1 Sam 9:2). Y Ester también era «de hermosa figura y de buen parecer» (Est 2:2). De esa forma David se une a un grupo selecto de patriarcas, legisladores, monarcas y heroínas del pueblo.

De singular importancia, al evaluar la idea que transmite la expresión «de hermoso parecer», es el contexto general de la frase en torno al rey Saúl. En este caso, la hermosura de Saúl se asociaba directamente con su altura. De acuerdo con el relato bíblico, «de hombros arriba, sobrepasaba a cualquiera del pueblo» (1 Sam 9:2). Es decir, que Saúl era físicamente alto, imponente, impresionante. Y ese tipo de cuerpo y fisonomía era el ideal para líderes políticos, particularmente para los guerreros.

Algunos estudiosos, fundamentados en el énfasis que se pone a la altura de Saúl, y también al tomar en consideración la finalidad del pasaje (1 Sam 9:2), que es presentar las diferencias entre los dos personajes, piensan que David no era muy alto, por lo menos en comparación con Saúl, y ciertamente cuando se ubicaba al lado del legendario coloso filisteo, Goliat. A esta impresión en torno a la altura de David se añade la interpretación de algunas narraciones, que podrían leerse y comprenderse en ese mismo sentido: ¡quizá David no era muy alto, pues inclusive se podía esconder bien en una cama y pasar desapercibido! (1 Sam 19:13-17).

Posiblemente en el pueblo, y en particular entre los líderes, había algunas expectativas físicas en torno a cómo debían lucir sus líderes, en especial los monarcas. Por lo menos, esa fue la clara afirmación que se atribuye a Dios mismo, cuando Samuel se disponía a ungir al segundo rey de Israel, y estaba próximo a encontrarse con los hermanos de David (1 Sam 16:7): «No mires a su parecer ni a lo grande de su estatura...» (1 Sam 16:7), le advirtió el Señor al profeta y sacerdote. Los hermanos de David eran fornidos, grandes o altos, y parece, según el relato, que David no lo era.

Un detalle adicional sobre la apariencia física de David se puede desprender de la lectura cuidadosa de la narración de un episodio, en el cual la hija de Saúl le salva la vida a David. Para desorientar a los guardias del palacio, Mical puso una almohada de cabello de cabra sobre una estatua (¡quizá un ídolo!) en la cama, y le dijo a los soldados que David estaba enfermo en el lecho (1 Sam 19:13-17).

Fundamentados en una lectura cuidadosa del texto hebreo del pasaje, se puede pensar que David tenía el pelo grueso, despeinado y quizá con ondas, similar al de las cabras. A estas sugerencias, debemos añadir que cuando Samuel vio a David por primera vez, afirmó que «era rubio, de hermosos ojos, y de buen parecer» (1 Sam 16:12). La palabra que en la tradición de Reina-Valera se ha vertido como «rubio», podría ser más bien una referencia a un tipo de pelo color «rojizo».

Y «los ojos hermosos» de David, más que una descripción física del color o su apariencia, es, posiblemente, una referencia a su sentido de futuro, acercamiento a la vida y visión, en el sentido de comprensión de la realidad y su proyección humana. La hermosura de los ojos es una manera figurada de afirmar que David tenía futuro como líder nacional.

El Señor estaba con él

En la lista descriptiva de atributos de David, ocupa el último lugar el fundamento de todas sus características físicas, musicales, literarias y militares: ¡el Señor estaba con él! (1 Sam 16:18). Esa era una forma teológica de enfatizar la base de sus éxitos, la razón de sus triunfos, la plataforma de sus logros, el fundamento de sus victorias.

David era una persona afortunada, según los relatos que exponen su vida, y ejecutorias personales y profesionales, porque estaba favorecido por Dios. Y esa bendición divina era el factor fundamental para que los escritores bíblicos destacaran su belleza, sus habilidades musicales, su capacidad de comunicación y su valentía militar.

De forma continua, y de diferentes maneras, el texto bíblico pone de manifiesto el favor divino hacia David. Por ejemplo, al triunfar sobre leones, osos, gigantes y filisteos (1 Sam 17:34-37). Además, la providencia divina le acompañó cuando Saúl, desorientado por los celos y amargado por los triunfos del joven, emprendió una campaña agresiva y paranoica de persecución para matarlo (1 Sam 19:21-22; 23:24-28). Los pasajes escriturales inclusive indican, explícitamente, que Saúl le temía porque reconocía que «el Señor estaba con él» (1 Sam 18:12).

De acuerdo con las Escrituras, la humildad de David se destaca al revelar el fundamento de sus actitudes misericordiosas hacia Saúl: ¡no quería alzar la mano contra el ungido del Señor! (1 Sam 24:6,10; 26:9). Y para coronar los continuos relatos de victorias militares, triunfos personales, logros políticos y gestos magnánimos, Dios mismo le promete, de acuerdo con los testimonios bíblicos, que su dinastía será eterna (2 Sam 7).

En efecto, el texto bíblico desea afirmar de manera convincente, con todas estas narraciones, que el factor de triunfo básico e indispensable que

acompañaba continuamente a David era la bendición divina. De esa manera se prepara el camino para las declaraciones teológicas en torno a su persona, como que era una persona que actuaba de acuerdo «al corazón de Dios», y que fue seleccionado por el Señor para sustituir al primer rey de Israel, Saúl.

El David histórico

Un grupo reducido de estudiosos, al evaluar la evidencia arqueológica disponible referente a los años 1200-1000 a. C. en la región de Judá, piensa que el David que se presenta en las Escrituras es esencialmente una figura literaria, producto de la ficción, imaginación y creatividad de algún escribano oficial del reino. Que se trata más bien de la creación de alguna persona encargada de redactar las memorias de la tribu de Judá y del reino que deseaba destacar la importancia del grupo y su líder.

Quienes piensan de esta forma entienden que la Biblia presenta a un David teológico, no a un personaje histórico, real y verificable. Este asunto es de vital importancia no solo en relación con el fundamento histórico de nuestro personaje, sino en el debate académico en torno a cómo interpretar las evidencias literarias y materiales en referencia a los años que circundan al s. X a. C. Además, esta comprensión de David repercute de manera importante en los diálogos de paz contemporáneos entre palestinos e israelíes.

Para responder efectivamente a este tipo de lecturas e interpretaciones de los documentos bíblicos, es posible recurrir a otras ciencias afines, por ejemplo, como la arqueología. Las conclusiones sobrias que pueden llegar de estos importantes recursos informativos pueden arrojar alguna luz en torno al tema general que nos ocupa, particularmente referente a nuestro personaje: el rey David que, de acuerdo con el testimonio bíblico, vivió en la ciudad histórica de Jerusalén, y que gobernó los pueblos de Judá e Israel en el período histórico conocido como de Hierro 1 (c. 1200-1000 a. C.), que es una época en la cual no hay mucha información ni evidencia arqueológica disponible.

Para iniciar nuestros comentarios, debemos mencionar la inscripción descubierta en unas ruinas históricas, conocidas como Tel Dan, que proviene de c. 850-835 a. C. De acuerdo con varios estudiosos del asunto, la inscripción puede leerse como una alusión a la «casa de David» o dinastía,

que, en efecto, es probable que sea una referencia indirecta al famoso rey de Israel y una mención directa de su casa o dinastía.

Junto a ese importante descubrimiento, se deben añadir otras evidencias y descubrimientos que provienen del s. IX a. C. De ese mismo período, se encuentra la famosa estela Mesa de Moab, que probablemente incluye otra referencia a la «casa de David». Y aunque no ha sido necesariamente aceptada por la comunidad académica en general, es también posible que en una inscripción de c. 945 a. C., el faraón Sosenq I, de Egipto, mencione las «alturas de David», que sería un testimonio adicional en torno a la existencia histórica del rey de Israel. En efecto, la interpretación de esta evidencia arqueológica disponible apunta hacia la historicidad de nuestro personaje David.

Esas referencias, que provienen de la arqueología, unidas a los testimonios que surgen de las Sagradas Escrituras, apuntan al siguiente hecho: David fue posiblemente un personaje de la vida real, que vivió en Judá y se constituyó en el iniciador de una dinastía que era conocida en Egipto, Siria y Transjordania. En efecto, cuando hablamos de David, nos referimos a un ser humano concreto que desempeñó un papel político y militar de cierta importancia en el mundo político del Oriente Medio antes del s. IX a. C.

El siguiente libro tiene como propósito definido y claro estudiar a ese David, cuyas hazañas se incluyen en las Sagradas Escrituras, y que las evidencias arqueológicas apuntan hacia que existió y fundó una dinastía en Judá, desde la ciudad de Jerusalén. Además, en nuestro estudio, exploraremos cómo esa figura histórica fue interpretada teológicamente a través de los siglos para perpetuar la importancia de ese líder como un elemento de unidad nacional.

Nos interesa analizar e interpretar, no solo el David histórico, sino el teológico, pues este personaje bíblico ha tenido una influencia extraordinaria, tanto en la historia del judaísmo como en el cristianismo, y en las espiritualidades que se manifiestan en las sinagogas y las iglesias.

Capítulo uno

Fue ungido en medio de sus hermanos

*Samuel tomó el cuerno del aceite
y lo ungió en medio de sus hermanos.
A partir de aquel día
vino sobre David el Espíritu del Señor.*

1 Samuel 16:13

Fuentes literarias en torno a David: 1 y 2 Samuel

El contexto amplio de la historia bíblica que presenta a David alude al período que va del año c. 1050 al 970 a. C. Esa es la época que marcó un hito histórico significativo en Israel: se pasó del tiempo de los jueces o los caudillos, que manifestaba una administración tribal e individual, a una organización e infraestructura más centralizada.

Fue el momento donde las llamadas «doce tribus de Israel», que llegaron a las tierras de Canaán desde el país de Egipto, según las narraciones del Pentateuco, hicieron una muy importante transición política, militar y administrativa: ¡establecieron una monarquía! Y ese es el entorno histórico general que se encuentra en los dos libros de Samuel y en el primer libro de las Crónicas.

Además de las fuentes literarias explícitas en los libros de Samuel, los estudiosos han descubierto algunas narraciones que tienen cierta integridad literaria y tendencia teológica. Esos bloques narrativos presentan aspectos específicos y determinantes de la vida de David. Estos dos grupos de relatos, con sentido de dirección teológico, son los siguientes: el primero, conocido como «la historia de la ascensión de David», o «la llegada de David al poder y al reino» (1 Sam 16– 2 Sam 5), presenta diversos episodios de la vida de nuestro personaje que le llevaron a ser ungido como rey de Judá e Israel. Y el segundo, que trata de las dificultades relacionadas con los procesos de transición del poder al final del reinado de David, se conoce como «las narraciones de la sucesión» (2 Sam 9–20).

Los libros de Samuel tienen un carácter eminentemente compilatorio, pues unen en sus narrativas diversos tipos de relatos, que pueden ser detallados y extensos —p. ej., la unción de Saúl (1 Sam 9:1–10:16), la boda de David y Abigail (1 Sam 25) y la vida de David en el palacio real (2 Sam 9–20)—, o ser porciones bien concisas y breves —p. ej., las guerras de Saúl contra los pueblos vecinos (1 Sam 14:47–48)—. Y los géneros literarios que utiliza son diversos, pues junto a las secciones compilatorias, por ejemplo, incorpora discursos (1 Sam 12), himnos (1 Sam 2:1–10), estribillos de cánticos de triunfo (1 Sam 18:7), y proverbios (1 Sam 2:25).

El fundamento teológico de estos libros sigue las tradiciones del libro de Deuteronomio, en las que la valoración de la protección divina estaba íntimamente relacionada con la fidelidad del pueblo a la alianza o pacto en el Sinaí.

En ese contexto general de narraciones históricas que incluyen los libros de Samuel, se pone de manifiesto el nacimiento y la inauguración de una nueva forma de gobierno nacional, la monarquía, y en medio de todos esos relatos, se destaca la figura del rey David como el gobernante ideal.

La finalidad teológica de los libros de Samuel es hacer un recuento de la historia del pueblo de Israel desde una perspectiva oficial. Posiblemente, un historiador asociado a la monarquía, en la época de David, o quizá en el período de Salomón, comenzó a redactar secciones importantes que se incluyen en estos libros para explicar el porqué de algunas decisiones importantes de David (p. ej., la selección de Salomón como su sucesor), y para poner de manifiesto la ideología real que acompañaba las ejecutorias de David.

En ese sentido amplio, los libros de Samuel ponen en evidencia la historia de los comienzos de la monarquía, fundamentada en el supuesto de que David era el ungido de Dios, según la profecía de Natán (2 Sam 7). De gran importancia teológica es entender que estos relatos bíblicos representan la postura oficial de la monarquía, la ideología del Estado, la posición del monarca, la perspectiva institucional pública.

Las narraciones en torno a David se producen en un ambiente internacional de decadencia, en el cual las grandes potencias regionales, que ejercían su hegemonía en Siria, Transjordania y Palestina, Canaán o Israel, estaban débiles por diversas razones. Las dinastías XX y XXI de Egipto (c. 1204-947 a. C.) estaban en medio de una serie de luchas internas que le impedían mover sus fuerzas muy lejos de sus fronteras. Los asirios, que constituían una potencia militar en todo el Oriente Medio, respondían en ese período a los avances importantes de los babilónicos, que intentaban expandir sus fronteras nacionales e influencias internacionales. Y los hititas habían decidido retirarse a Capadocia y Siria, luego de los tratados de paz con el faraón Ramsés II de Egipto (c. 1280 a. C.).

Esa realidad política internacional dejó un vacío de poder que llenaron los filisteos, que formaban parte de los llamados «pueblos del mar»,

que se asentaron en la cuenca del mar Mediterráneo por el siglo XIII a. C., y lograron una organización efectiva en los llanos costeros al sur de Canaán. Las narraciones bíblicas indican que se convirtieron en enemigos acérrimos de Israel. Y la evidencia arqueológica revela que tenían presencia importante y ejercieron influencias significativas en las ciudades de Bet Semes, Bet Sean y Guézer, además de merodear los alrededores de las antiguas ciudades de Jerusalén y Silo.

Entre las tribus que se revelaron como enemigas del pueblo de Israel, en ese mismo período, se encuentran los amalecitas. Se trata de grupos esencialmente nómadas, que recorrían con regularidad el Sinaí, el Néguev y Transjordania. Ya se mencionan los amalecitas en la Biblia como enemigos de Israel en la época de los jueces, y prosiguen esos conflictos durante las administraciones de Saúl y David. Con el tiempo, desaparecen como enemigos reales, pero se mantienen en la memoria colectiva como sus enemigos por antonomasia (Sal 83:8). Israel tuvo que luchar también en esa época contra otros grupos, como los amonitas, moabitas e idumeos (véase, p. ej., 1 Sam 14:47-48; 2 Sam 8).

Las narraciones bíblicas que aluden a este importante período histórico de Israel, se encuentran principalmente en los libros de Samuel, y también en el primer libro de Crónicas, que reinterpreta el material disponible. Se pone de relieve en estos relatos la vida y las actividades de tres personajes de gran importancia en la historia nacional: Samuel, Saúl y David.

Y es en ese contexto histórico, y en relación con estos tres líderes, que se establece la monarquía en Israel.

Samuel (1 Sam 1-12)

La imponente figura de Samuel es la que se revela en la primera parte del libro que lleva su nombre (1 Sam 1-12). Y aunque el texto bíblico relaciona el nombre de Samuel con «lo he pedido al Señor» (1 Sam 1:27-28), una comprensión más precisa del término revela que significa, más bien, «su nombre es Dios» o, inclusive, «el nombre de Dios».

En esta sección inicial de la obra, se presentan los siguientes temas: la infancia y vocación de Samuel (1 Sam 1–3); las narraciones en torno a las primeras dos guerras contra los filisteos y la historia del Arca del Pacto (1 Sam 4–6); los inicios del ministerio de Samuel como juez (1 Sam 7); y finalmente, se incluye los comienzos de la monarquía y la selección de Saúl como el primer rey de Israel (1 Sam 8–12). Toda esta narración constituye una especie de introducción a la vida de David, que es el rey ideal, de acuerdo con la teología bíblica posterior.

La primera noticia que tenemos de Samuel en las Escrituras es lo milagroso de su nacimiento. Esa narración revela, de entrada, la importancia histórica de ese personaje (1 Sam 1). Y el significativo cántico de Ana, su madre, es un buen ejemplo de un poema antiguo que destaca los temas de la fidelidad de Dios y su apoyo a la gente necesitada (1 Sam 2).

Los primeros dos grandes temas que se exponen en la obra revelan la gran significación teológica que se les brinda en las narraciones: la misericordia de Dios y el compromiso divino por responder al clamor de una madre débil y angustiada.

Los episodios que presentan a Samuel sirviendo en el santuario de Silo, y donde va madurando y creciendo su vocación (1 Sam 2:18– 3:18), introducen el tema del rechazo de Elí y sus hijos para ejercer el sacerdocio. De acuerdo con el análisis del autor del libro de Samuel, esa familia no se mostró digna de ejercer el ministerio sacerdotal y jurídico por la falta de valores éticos y la carencia de principios morales que manifestaron (1 Sam 2:12-17; 27-36). Se pone de relieve en estos relatos la importancia que la obra le brinda al tema de la integridad.

Las actividades de Samuel como último juez de Israel se presentan en medio de dos importantes guerras contra los filisteos. En la primera, que se llevó a efecto en Eben Haézer, los israelitas son derrotados fulminantemente. Los filisteos en esa ocasión capturan el Arca del Pacto, símbolo de la presencia divina, y la llevan a Asdod. Sin embargo, por las calamidades que trajo la presencia del Arca en territorio filisteo, decidieron devolverla a Israel, pues entendieron sus dificultades como parte del juicio divino por tener ese signo de Dios entre ellos. El Arca entonces viaja de Bet Semes a Quiriat Yearim (1 Sam 6). En esa primera guerra es que mueren los hijos de Elí, que, al recibir la ingrata noticia, también falleció.

En la segunda guerra contra los filisteos, que se libró como veinte años después, los israelitas lograron vencer a sus enemigos; en esta ocasión, guiados por Samuel, que ejerció un liderazgo militar y político como los antiguos jueces del pueblo. Y ese significativo evento marcó el paso para la transición hacia la monarquía, y revela las intervenciones de Samuel para establecerla (1 Sam 8).

Samuel es, en efecto, una figura muy poderosa en Israel. Y ese poder y reconocimiento de autoridad se ponen claramente de manifiesto al percatarnos que ungió a los dos primeros reyes de Israel: Saúl y David (1 Sam 9:15–10:2; 16:1–13). Inclusive, ¡ungió al segundo cuando el primero todavía estaba en funciones!

En ese importante contexto histórico, social y político, se ponen claramente en evidencia las ejecutorias proféticas de Samuel. Como profeta de Dios, Samuel orientó al pueblo en torno a las virtudes y los problemas que se asociaban a la nueva forma de gobierno. Sus mensajes estaban fundamentados en la teología del Pacto (1 Sam 13; 15). Y una vez se inaugura la institución de la monarquía, el anciano Samuel se retira de la vida pública (1 Sam 12), y muere posteriormente en la ciudad de Rama, en la tierra de Benjamín (1 Sam 25), que está enclavada como a unos nueve kilómetros al norte de la ciudad de Jerusalén.

La figura de Samuel es cimera en la Biblia. No solo ejerció el sacerdocio, funcionó como juez y dirigió al pueblo en triunfos militares, sino que actuó como profeta en un período importantísimo de transición política, económica, militar y espiritual de Israel. En efecto, una persona que es capaz de seleccionar y ungir a dos monarcas tiene gran reconocimiento y aprecio en el pueblo.

El rey Saúl (1 Sam 13–2 Sam 1)

Luego de Samuel, la persona que se destaca en las narraciones bíblicas es Saúl, que provenía de la tribu de Benjamín. De acuerdo con el testimonio bíblico, fue ungido como rey por Samuel (c. 1030 a. C.), y su consagración tiene dos momentos de importancia. En primer lugar, fue ungido de forma privada en Rama (1 Sam 9:15–17; 10:1), y posterior-

mente fue ratificado de forma pública en Gilgal (1 Sam 11:14-15), luego de su victoria definitiva sobre los ejércitos de los amonitas.

La figura de Saúl es paradójica en los relatos escriturales. En primer lugar, gozó de gran popularidad en el pueblo, y también disfrutó del favor y las misericordias de Dios. Sin embargo, sus actos de rebeldía y desobediencia, de acuerdo con los testimonios bíblicos, le acarrearón el juicio divino. Y ese rechazo se manifestó de forma concreta: Dios lo repudió y lo sacó del reino.

Samuel jugó un papel protagónico en esos procesos, pues fue quien le comunicó la voluntad divina al monarca que desobedeció, y, posteriormente, ungió como rey a un sucesor, ¡mientras Saúl todavía estaba vivo y en el poder!

Las desobediencias de Saúl fueron dos, según las narraciones bíblicas. La primera se produjo en relación con la tercera guerra contra los ejércitos de los filisteos (1 Sam 13-14). En esa ocasión, en rechazo abierto a las directrices expresas y específicas de Samuel, Saúl comienza la guerra, e inclusive oficia personalmente las ceremonias religiosas, asociadas tradicionalmente con los comienzos de los combates. Posteriormente, desobedeció la orden divina de destruir el botín de guerra de forma total, después de su triunfo contra los amalecitas (1 Sam 15). Esas actitudes continuas y reiteradas de rebeldías y rechazos preparan el ambiente para la unción de David como rey de Judá (1 Sam 16), que se lleva a efecto, por razones obvias, en privado.

Las relaciones de Saúl y David fueron ambivalentes y complicadas: amables y respetuosas, violentas y hostiles. Y aunque Saúl llamó a David a que viviera en su palacio, de acuerdo con el testimonio escritural, con el tiempo desarrolló un sentido de rechazo, animadversión y celos contra el joven que le llevó a la hostilidad interpersonal, el desequilibrio emocional y la ruina espiritual.

El final de Saúl es trágico y funesto. En primer lugar, en una demostración de inseguridad, irracionalidad y desobediencia, consulta una adivinadora y pitonisa de la ciudad de Endor para invocar y consultar al espíritu del difunto Samuel (1 Sam 28:7-25). ¡Saúl no le hizo caso a Samuel en vida! ¡Y ahora le consulta en la muerte! Esa es una escena dolorosa y triste... Y finalmente, en la quinta guerra contra los ejércitos filisteos, y ante una derrota inminente, Saúl decide quitarse la vida con su propia espada en los montes de Gilboa (1 Sam 31).

El rey David (2 Sam 2-24)

El período que cubre la llegada del joven David a la corte de Saúl (1 Sam 16:14-23), hasta su proclamación como rey las tribus del norte y del sur (2 Sam 5:1-5), fue complejo y difícil. Se nota cómo David paulatinamente se convierte en un guerrero victorioso y hábil, un político decidido y firme, un planificador férreo y concienzudo. De acuerdo con las narraciones de la Biblia, el triunfo sobre Goliat en la cuarta guerra contra los filisteos le ganó la amistad intensa con Jonatán, uno de los hijos de Saúl, con quien estableció una relación cordial y significativa (1 Sam 18:1-4; 20:11-23:24). Toda esta sección prepara el camino para las narraciones de los triunfos posteriores de David.

A la vez que el joven David ganaba popularidad y prestigio en el reino, los sentimientos del rey Saúl hacia el recién llegado al reino, paulatinamente, se fueron transformando, hasta llegar a la violencia y al deseo de asesinarlo.

Esa actitud imprevisible e irracional de Saúl, hizo que David dejara el reino, y vagara, buscando seguridad y refugio, por diversas ciudades y regiones, entre las que se encuentran las siguientes: Rama (1 Sam 19:18-24), Gilboa (1 Sam 20), Nob (1 Sam 21:1-10), Gat (1 Sam 21:11-15; 27), el desierto de Judá (1 Sam 22:1-7), Moab (1 Sam 22), el bosque de Haret (1 Sam 22), Queilá (1 Sam 23:1-13), el desierto de Zif (1 Sam 23:14-18; 26), En Gadi (1 Sam 24), Siclag (1 Sam 27), y el Néguev (1 Sam 30). En efecto, fue un período peregrino, de huida, refugio y persecución; un tiempo difícil, que le preparó, sin embargo, para el resto de su vida como político, militar y hombre de Estado.

Luego de la muerte de Saúl, David llega al trono sobre las tribus del sur, en primer término, en Hebrón, por siete años (2 Sam 2:1-7). La transición del poder fue traumática, pues hubo que eliminar a los posibles herederos del trono, que eran los hijos de Saúl y sus comandantes militares. Posteriormente, cuando la monarquía ya no podía ser sucedida por algún heredero de Saúl, David es también proclamado rey sobre las tribus del norte (2 Sam 5:1-5). Y con el deseo de unificar los dos reinos, decide tomar la ciudad de Jerusalén y hacerla su centro administrativo, económico, político y religioso (2 Sam 5:6-16); además, llevó a esa ciudad el Arca del Pacto, que era el símbolo de la presencia divina en el pueblo (2 Sam 6).

Ese contexto inicial de victorias políticas y militares se reforzó con sus triunfos sobre los filisteos, moabitas, amonitas, arameos y edomitas (2 Sam 8; 10). Y en medio de todas esas conquistas es que se produce la profecía de Natán (2 Sam 7), que tanta significación teológica y espiritual tiene en toda la Biblia. Cuando David desea construirle una casa o templo a Dios, el Señor le promete una casa o dinastía permanente. Esa promesa es el fundamento del desarrollo firme y decidido de la teología de la esperanza y del crecimiento ideológico que precedió el mesianismo en las Sagradas Escrituras.

Luego de la unificación del reino y la consolidación del poder, comienzan las narraciones de un período de decadencia, que incluye algunos incidentes familiares tristes y dolorosos. La violación de Tamar por su propio hermano Amnón (2 Sam 13:1-22) y la rebelión de Absalón (2 Sam 15-16) constituyen episodios doloridos en la vida del rey. Esas dificultades familiares hicieron que los días finales de su vida fueran amargos y angustiosos.

Los triunfos de David también están empañados por sus pecados personales y desaciertos institucionales. En primer lugar, su adulterio con Betsabé y su posterior complot para asesinar a su esposo Urías (2 Sam 11) son manchas indelebles en la vida del famoso rey. Y a esa actitud prepotente y arrogante, debemos añadir el pecado de censurar al pueblo, que era una manera de poner de manifiesto que su confianza ya no estaba en Dios, sino en sus fuerzas y en el poder militar que le representaba el reino (2 Sam 24:1-15).

La sección final en torno a la vida David (2 Sam 24:16-25), presenta la forma en que el rey adquiere el terreno en el que posteriormente se construirá el Templo de Jerusalén. Se trata del Monte Sion, la era o el terreno de Aruana, el jebuseo, que recuerda el lugar donde el ángel exterminador se había detenido para no destruir la ciudad (2 Sam 24:16). En ese preciso lugar, y por instrucciones expresas del profeta Gad, David levantó un altar al Señor (2 Sam 24:18). El rey compró el terreno por un precio justo, pues no quería ofrecer al Señor un sacrificio que no le costara nada (2 Sam 24:24). Ese acto humilde de David calmó la ira divina, y cesó la plaga y el juicio sobre el pueblo de Israel.

El final del reinado de David se narra en la sección inicial del primer libro de Reyes (1 R 1:1-2:12). El propósito de estos relatos es poner fin a la era de David para dar paso a su heredero, el rey Salomón. El ambiente psicológico de las narraciones revela un David anciano, encamado, impotente, débil, incapaz de gobernar. Y en ese contexto de fragilidad emocional, es que, ayudado por Betsabé, David declara a Salomón como su sucesor (1 R 1:28-53). Respondía de esa forma a las amenazas de Adonías, el hijo mayor que le quedaba, de proclamarse públicamente monarca oficial del reino (1 R 1:5-27).

De singular importancia, antes de presentar la muerte de David (1 R 2:10-12), son las instrucciones que brinda el viejo hombre de Estado, político y militar a su joven heredero, su hijo Salomón (1 R 2:1-9). Esas instrucciones, que recuerdan la teología de los libros de Deuteronomio y Josué (véase, p. ej., Dt 31:23; Jos 1:6, 9, 18), se pueden dividir en dos secciones primordiales. Cada sección destaca un aspecto fundamental de las instrucciones finales de David al futuro rey.

En primer lugar, David exhorta a Salomón a cumplir con la Ley del Señor (vv. 1-4). De esta forma, la narración bíblica destaca, una vez más, la importancia que el monarca le daba a los aspectos religiosos en los asuntos de Estado. Y, posteriormente, le orienta en asuntos más prácticos y concretos de la administración diaria del reino; especialmente le aconseja en torno a cómo debe actuar en relación con sus amigos y sus enemigos (vv. 5-9).

El primer libro de las Crónicas

Los dos libros de Crónicas, aunque utilizan materiales que provenían de épocas previas, se escriben luego del exilio en Babilonia. La finalidad literaria e histórica de estas obras era presentar una historia nacional que identificara la infidelidad del pueblo como la causa básica para que Dios permitiera la caída de la ciudad de Jerusalén, la destrucción del Templo, y el destierro a Babilonia de sus ciudadanos distinguidos. El autor cronista reinterpreta la historia del pueblo y pone de relieve las manifestaciones continuas de la misericordia de Dios, en contraposición con las actitudes de idolatría y pecaminosidad de la comunidad.

Una vez más, la fidelidad al pacto es el criterio teológico básico para evaluar el comportamiento del pueblo y sus líderes.

El propósito teológico y educativo del autor cronista era presentar a la comunidad postexílica el modelo y ejemplo de la historia nacional en su momento más importante y destacado: los reinados de David y Salomón.

El comienzo de la monarquía, luego de Saúl, para las Crónicas, era el momento cumbre de la historia del pueblo de Israel. Era una forma pedagógica de desafiar a sus contemporáneos, utilizando el material histórico que conocían, pero reinterpretándolo para sus propósitos teológicos específicos.

Y para lograr ese objetivo didáctico, el cronista articula su obra en tres secciones fundamentales: la primera destaca la prehistoria de la dinastía de David. Se trata de la presentación de una serie de genealogías y narraciones que van desde Adán, que es una forma de hacer referencia al momento de creación e inicio de la historia, hasta la llegada del rey David y la inauguración del reino unido de las tribus del norte y del sur (1 Cro 1–9).

En segundo lugar, el cronista expone la historia del período de David y Salomón (1 Cro 10–2 Cro 9). En esta sección se destacan los logros y las virtudes de ambos gobernantes y se eliminan o subestiman las faltas, los pecados, las imprudencias y los desaciertos de estos monarcas. Es una sección de suma importancia teológica, pues pone de manifiesto la verdadera intención teológica del escritor cronista: ¡presentar claramente a

David como el monarca ideal para el pueblo! Esa imagen revisada y transformada de David era fundamental y necesaria para la afirmación de la teología de la esperanza en medio de las penurias del exilio, en medio de la sociedad babilónica.

Finalmente, la obra cronista alude y expone las vivencias y las realidades en la dinastía de David (2 Cro 10–36). Incorpora el autor de la obra una serie de narraciones en las cuales se destacan primordialmente los desafíos, las vivencias, los gozos y las desventuras del reino del sur, para culminar con el edicto de Ciro, que le brinda a los deportados un cierto sentido de esperanza y futuro.

Una vez más, el criterio de fidelidad al Pacto es el valor básico para interpretar, positiva o negativamente, las ejecutorias de los reyes. Los relatos subrayan y enfatizan la vida y los actos de los reyes que se esforzaron por defender la fe y los postulados que se ponen de manifiesto en el culto que se llevaba a efecto en el Templo de Jerusalén.

En la historia cronista, las narraciones no comienzan con Samuel, Saúl, David, ni siquiera con los jueces, Moisés o Abrahán. El relato empieza directamente con Adán, que es una manera literaria y teológica para ubicar la vida del pueblo de Israel y su monarca ideal, David, en el marco más amplio de la historia universal; todo comienza en la creación misma del cosmos, la naturaleza, los seres humanos y la historia. En el exilio, y expuesto al resto de las naciones que interaccionaban con Babilonia, el cronista desea subrayar que el pueblo de Israel es parte integral de la historia mundial y universal.

Una singular característica literaria distintiva de las Crónicas es que identifica de forma continua y precisa las fuentes que han informado sus narraciones, que no son pocas. Se trata de una serie de obras que para el cronista tenían valor teológico y credibilidad histórica. Entre esos recursos, se encuentran los siguientes:

- el libro de los reyes de Israel (2 Cro 20:34);
- el libro de los reyes de Judá e Israel (2 Cro 16:11);
- el libro de los reyes de Israel y Judá (1 Cro 9:1; 2 Cro 27:7; 35:27; 36:8);
- el *midrash* del libro de los reyes (2 Cro 24:27);
- las gestas de los reyes de Israel (2 Cro 33:18);
- el libro de las crónicas del rey David (1 Cro 27:24);
- el *midrash* del profeta Ido (2 Cro 13:22);
- los hechos de Yahú, hijo de Hanani (2 Cro 20:34);
- y los hechos de Jozay (2 Cro 33:19).

Es posible pensar, al leer con detenimiento los títulos y al analizar sobriamente la información que transmiten, que en algunos casos se trata de las mismas obras con identificaciones y títulos diferentes.

El libro de los Salmos

El Libro de los Salmos, que tradicionalmente se ha relacionado con David, contiene alguna información de importancia en torno a nuestro personaje. Y aunque la obra es eminentemente poética, incorpora en sus versos, introducciones y reflexiones algunos datos que nos pueden interesar para comprender mejor las formas en que la comunidad religiosa y cúlrica, específicamente los poetas y sus intérpretes, comprendieron y actualizaron las contribuciones, la vida y el valor teológico, moral y espiritual del famoso rey de Israel. David, en efecto, era conocido y reconocido como músico y poeta, como pone en evidencia clara una de las formas en que se conocía: «el dulce cantor de Israel» (2 Sam 23:1).

En primer lugar, algunos salmos aluden a David como recipiente y beneficiario de las promesas divinas (p. ej., Sal 89; 132). Un segundo grupo de salmos se identifica con la expresión hebrea *ledavid*, que generalmente se ha traducido «de David», en sentido de autoría, pero que su comprensión adecuada es más amplia y sobria, y puede indicar, «en la tradición de David», «perteneciente a David», o, inclusive, «dedicado a David» (p. ej., Sal 3–9; 11–32; 34–41; 51–65; 68–70; 86; 103; 108–110; 122; 124; 131; 138–145). Y un tercer grupo de poemas del salterio incluyen algunas referencias históricas, antes de comenzar el salmo propiamente, que relacionan el texto bíblico con algún episodio significativo de David o con su dinastía (p. ej., Sal 2; 18; 20; 21; 28; 45; 61; 63; 72; 84; 89; 101; 110; 132; 144).

Toda esa información del salterio es teológicamente muy valiosa, mucho más que desde la perspectiva histórica, pues intentan afirmar y destacar la importancia de David en relación con la organización, el desarrollo, la teología y las prácticas litúrgicas en el Templo de Jerusalén.

Las memorias del pueblo que afirmaban a David como poeta, y que también recordaban la importancia que dio a la construcción del Templo,

hicieron que la comunidad asociara el Libro de los Salmos con el famoso rey de Israel. Inclusive, de acuerdo con el Talmud, de la misma forma que Moisés se relaciona con los cinco libros de la Ley, David se asocia con los cinco rollos que constituyen el Libro de los Salmos o el salterio.

Las importantes contribuciones teológicas del salterio a la comprensión de la figura de David en las Sagradas Escrituras se revelan con suma claridad en, por ejemplo, dos salmos reales (Sal 89; 132). Son poemas posiblemente postexílicos, que incluyen en sus líricas algunas reflexiones teológicas en torno a David y la promesa divina en torno a su dinastía. Revelan la importancia teológica de David, no solo en la liturgia, sino en las reflexiones históricas y espirituales del pueblo judío.

El Salmo 89 es un poema con un sentido teológico profundo, con algunas características literarias de lamento. Presupone una crisis mayor en la institución de la monarquía. Quizá el poema refleja las dinámicas en Israel luego de la deportación a Babilonia, o el final de la época de la monarquía, cuando ya se sentían las amenazas reales de los ejércitos del famoso general Nabucodonosor. Y en ese entorno de dificultad extrema y adversidad, el poeta clama a Dios, invoca su auxilio, reclama su misericordia y alude a su fidelidad.

La evaluación sosegada del poema, que es un himno al Señor y rey del universo, puede distinguir tres secciones literarias y temáticas fundamentales. En la primera se canta a los atributos divinos, específicamente se destacan la bondad y la misericordia del Señor (vv. 1-19). En la segunda parte se alude a la antigua promesa hecha a David (vv. 20-38), en la que se indica que Dios mismo propiciará la estabilidad de su dinastía. El oráculo de Natán (2 Sam 7), en efecto, cobra vigencia en momentos de adversidad nacional. Al final, el poeta expresa sus lamentos por entender que Dios se ha olvidado de sus promesas (vv. 39-52).

El problema teológico para el salmista es armonizar las realidades históricas de las dificultades relacionadas con el exilio y las virtudes y el cumplimiento de las promesas divinas, particularmente las que tienen que ver con la dinastía de David. La crisis espiritual se pone claramente de manifiesto al tratar de entender el concepto de fidelidad divina, en medio del problema existencial, físico, real, histórico.

El Salmo 132, que debe ser un poema postexílico, incluye claramente referencias y alusiones a la antigua profecía a David en torno a su dinastía (2 Sam 7). Es, en efecto, una profunda reflexión teológica del oráculo de Natán. El salmista, que vive posiblemente en el exilio babilónico, medita

en torno al tema general de las promesas divinas; específicamente le desafía el importante y complejo concepto de la fidelidad de Dios.

Los temas que se ponen de manifiesto en el salmo son los siguientes: el celo que mostró David al querer trasladar el Arca del Pacto de una estructura transitoria a un lugar permanente en el Monte Sion (2 Sam 6:12-19; vv. 1-9;), y culmina con una petición en favor del rey (v. 10). La segunda parte del poema alude de forma más directa al oráculo de Natán (vv. 11-18). El poeta recuerda cómo Dios recompensó a David por ese gesto noble al prometerle una dinastía permanente y eterna. La profecía de Natán y la reflexión teológica que hace el salmo son fundamentales para el desarrollo de la teología de la esperanza en el pueblo y para la manifestación posterior de la teología mesiánica, que tanta importancia cobra en el Nuevo Testamento.

La fraseología que se utiliza en el poema pone de manifiesto su gran importancia teológica: «El Señor ha elegido a Sion» (Sal 132:13), «este es para siempre el lugar de mi reposo» (v. 14), «vestiré de salvación a sus sacerdotes» (v. 16), «allí haré retornar el poder de David» (v. 17), y «he dispuesto lámpara para mi ungido» (v. 17). En efecto, el tema en general y la lírica del salmo ponen en clara evidencia la importancia de David en la historia del pueblo de Israel. Específicamente, revelan el papel que jugó el oráculo de Natán a David a través de la historia. Y esa gran contribución cobró dimensión nueva en el período exílico, cuando las realidades políticas y sociales apuntaban a la discontinuidad histórica y a la ruptura de la promesa divina hecha a David.

David en los libros proféticos: el mesianismo

Las alusiones y referencias a David en la literatura profética son de gran importancia teológica, pues son lecturas posteriores a las actividades del antiguo monarca, y revelan las reflexiones que con el tiempo se relacionaron con sus ejecutorias reales y las implicaciones del oráculo de Natán. En efecto, esos nuevos mensajes de los profetas ponen de relieve que la antigua promesa a David se transformó en el mesianismo, que tanta influencia ha ejercido en la teología cristiana.

Al responder con esperanza y sentido de futuro a los desafíos políticos, económicos, sociales y espirituales que se manifestaban en medio de la historia nacional, particularmente en el tiempo del

exilio y en el posterior período de la restauración, los profetas vislumbraron un futuro transformado. Anticiparon la llegada de una era mesiánica, que sería capaz de transformar sus realidades de conflicto, derrota y desolación en un ambiente de paz, seguridad y prosperidad.

Anunciaron la llegada de un Mesías venidero, que inauguraría un reino especial, que se caracterizaría por la manifestación plena y extraordinaria de unos «cielos nuevos y una tierra nueva» (Is 66:22), que es una manera figurada y poética de afirmar la novedad de la realidad que vaticinaban.

Desde la perspectiva teológica, el Mesías prometido debería tener una serie importante de características, que se fundamentan básicamente en el antiguo oráculo de Natán. El Mesías prometido, debe ser descendiente de David (Is 7:13-17; 9:5-6; 11:1-5; Miq 5:1-5), un nuevo David (Ez 34:23-24) y un vástago de David que reinará con la justicia divina (Jer 23:5-6). Además, ese singular Mesías anunciado será capaz de unir la realeza de David (Zac 6:13) con la vocación sacerdotal, que le permitiría ofrecer sacrificios agradables ante Dios (Zac 6:11-14; Mal 1:11; Sal 110:4).

Referencias implícitas a David en el libro de Génesis

David es, en efecto, una figura excepcional en las Sagradas Escrituras. Su presencia es tan influyente que algunos estudiosos piensan que el núcleo básico con el cual comenzó el proceso para redactar la Biblia se relaciona con él y su reino. Estiman, por consiguiente, que el historiador oficial del Gobierno, en su administración o quizá en la de Salomón, que redactó los primeros incidentes y episodios de su vida y sus ejecutorias, hizo que otras personas redactaran documentos para exponer temas variados de importancia teológica e histórica para el pueblo. Por ejemplo, quienes así piensan ven en el Pentateuco alusiones al período de la monarquía, e inclusive a David directamente.

Una de las escenas con que comienza la Biblia en el libro de Génesis, la seducción de Adán y Eva para comer de la fruta prohibida (Gn 3), es vista por algunos exégetas como una especie de anticipo de la escena de seducción en la que están involucrados David y Betsabé (2 Sam 11). El asesinato de Abel por su hermano Caín (Gn 4) se asemeja al de Amnón

por su hermano Absalón (2 Sam 13:23-39). La violación de Dina, hija del patriarca Jacob, por el príncipe de Siquem (Gn 34), tiene un paralelo con la violación de Tamar por el príncipe, hijo de David y medio hermano Amnón (2 Sam 13). Y las narraciones de Génesis, que presentan a la matriarca Rebeca conspirando con su hijo Jacob para quitarle la primogenitura a Esaú (Gn 27), se pueden relacionar a las actitudes sigilosas de Betsabé con su hijo Salomón para tomar el reino que le correspondía a su hermano mayor, Adonías (1 R 1:5-2:9).

Estas similitudes y paralelos no deben entenderse como casuales o fortuitas en las Escrituras. Los autores sagrados entendían la importancia de David y su reino, y presentaban algunas de las escenas que, posteriormente, en la narración bíblica se vivirían en los tiempos de la monarquía de David. Es quizá esta la razón temática por la que se incluye un muy breve incidente, en el cual Rubén, hijo del patriarca Jacob, se acuesta con la concubina de su padre, Bilha (Gn 35:22), al igual que Absalón, el hijo de David, tuvo una orgía pública con las concubinas de su progenitor en el tejado del palacio real en Jerusalén (2 Sam 16:21-22).

Un detalle adicional abunda a esta comprensión teológica y literaria en torno a la influencia de David en el resto de la Biblia, particularmente en el Pentateuco, específicamente en el libro de Génesis.

De singular importancia es la promesa divina a Abrahán en torno a las dimensiones y fronteras de la Tierra Prometida. Según las narraciones de Génesis, las fronteras son desde el río de Egipto (que se encuentra en la península del Sinaí) hasta el río grande, en referencia al Éufrates (Gn 15:18). Al estudiar la Biblia, no podemos ignorar que esas dimensiones extensas de la Tierra Prometida se alcanzaron finalmente durante el reinado de David.

David en el islam

En el Corán, David (en árabe, *dawud*) es visto como un profeta verdadero a quien Dios le reveló el Libro de los Salmos. Incluso, las tradiciones islámicas incorporan, en torno a David, ele-

mentos que se encuentran en la Biblia hebrea, como su batalla y triunfo contra el gigante Goliat. Rechazan, sin embargo, que haya sido adúltero y asesino, pues el islam ve e interpreta a los profetas como personas buenas y dignas, inclusive son vistos como infalibles (el concepto de *ismah*).

Para algunos grupos islámicos, David no procedía de la familia de Judá sino de Leví y Aarón.

En varias de las tradiciones islámicas, particularmente en las orales que se relacionan con algunas personas que conocieron personalmente al profeta Mahoma (conocidas como *Hadith*), se alude a las actividades religiosas de David. Por ejemplo, se indica que las formas de ayuno y oración de David eran perfectas. Se afirma que el Apóstol de Dios, en referencia directa a Mahoma, dijo que el sacrificio más apreciado por Dios era el del profeta David, que ayunaba regularmente en días alternados. Además, aseguraba el fundador del islam, de acuerdo con estas fuentes antiguas, que las oraciones que Dios más apreciaba eran las de David, que dormía la primera mitad de la noche, oraba una tercera parte, y luego seguía durmiendo el resto de la noche.

De acuerdo con otras tradiciones importantes del islam, David recibió de Dios la mejor voz que humano alguno haya podido tener, de la misma forma que José era la persona más bella o de mejor parecer en el mundo. Se dice, además, que Mahoma afirmaba que el recitar los Salmos era muy fácil para David, y que podía recitar el salterio antes que su calzadura estuviera lista. Añaden, inclusive, estas leyendas islámicas, que aun los peces del mar salían de las aguas para escuchar la voz de David cuando recitaba sus Salmos.

Según el islam, fue David el que comenzó la construcción del Templo de Jerusalén, que finalizó su hijo Salomón, en el lugar que con el tiempo se edificó la mezquita de AlAksa, o la más santa.

En efecto, la piedad islámica destaca la vida espiritual del rey de Israel, y lo ubica ciertamente en un lugar privilegiado.

El rey David y Jesús de Nazaret

La teología cristiana, desde sus orígenes, relacionó la vida y el ministerio de Jesús de Nazaret, con el cumplimiento de las expectativas mesiánicas del pueblo de Israel. Una lectura cuidadosa de los Evangelios revela que Jesús es proclamado y aclamado insistentemente como Hijo de David y rey, que eran títulos mesiánicos reconocidos por el pueblo (Mt 15:22; 21:9,15; Mc 10:47-48).

Es importante notar, sin embargo, que Jesús evitó utilizar las designaciones relacionadas con David, posiblemente para disminuir las connotaciones reduccionistas del término (p. ej., militares, terrenales, políticas y nacionalistas). En su defecto, afirmó que él era más grande que David, pues aunque era su «Hijo», desde la perspectiva genealógica, era a su vez su «Señor» desde la óptica teológica y mesiánica (Mt 22:41-46).

Esa relación teológica entre Jesús de Nazaret, y su comprensión mesiánica, y David se pone en evidencia clara en la predicación de los apóstoles, luego de la experiencia de la resurrección de Cristo.

En repetidas ocasiones, el mensaje apostólico neotestamentario afirma que Jesús era descendiente de David (Ro 1:3; 2 Tm 2:8; Ap 5:5) para afirmar y destacar su naturaleza mesiánica. Además, se declara, de manera categórica y firme, que en la vida y el ministerio de Jesús se cumplen las promesas divinas y las expectativas humanas en torno al Mesías esperado (Hch 2:30; Heb 1:5).

El Evangelio de Mateo, inclusive, presenta a David como uno de los antepasados del Mesías (Mt 1:1), que es una forma inversa de leer las genealogías. Tradicionalmente, la autoridad en ese tipo de lista familiar la provee el antepasado famoso y distinguido; en esta ocasión, sin embargo, según el evangelista, es Jesús la base fundamental que le brinda el prestigio y la autoridad a su antepasado David.